

Esta obra es propiedad del
SIBDI - UCR

EL HOMBRE MAQUINA

—ENSAYO SOBRE EL DESCONCIERTO
DE LA 85A
CIVILIZACION CONTEMPORANEA.—

POR

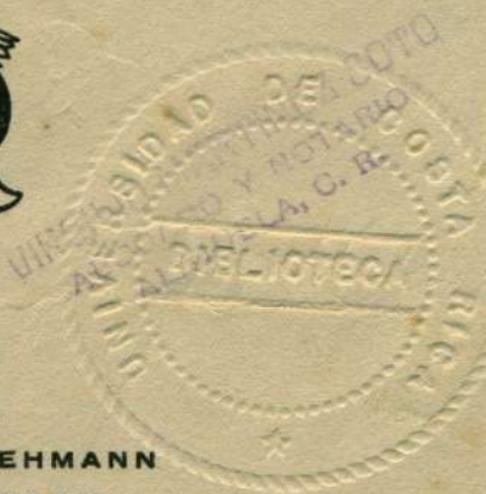
MOISES VINCENZI



1938

IMPRENTA LEHMANN

SAN JOSE, COSTA RICA



X

La civilización (1) actual está dando al mundo un espectáculo alarmante frente a la axiología, considerada en sus aspectos mas hondos, de la cultura. Se ha entablado un desordenado combate entre la ciencia, el arte, la filosofía, la religión y la conducta del hombre. A decir verdad, quien estudie en conjunto el campo de lucha, encuentra que las diversas disciplinas humanas no constituyen en sí mismas y particularmente examinadas, un desarrollo armonioso y tranquilizador. Y en lo que toca a la correlación que debieran tener, un desconcierto enorme. Este es un hecho reconocido, en forma tácita o explícita, por todos. Pero no conocemos, acaso por ausencia de fuentes informativas, el libro, la conferencia o el simple artículo de revista o de periódico, en que un escritor autorizado plantee, siquiera, el problema de la

(1).—Civilización y cultura: he aquí dos términos insuficientemente definidos en las enciclopedias. Se toma generalmente el significado que le atribuye Guizot a la palabra civilización, para definirla. Y se agrega el apoyo que le da Kurth al autor de la «Historia de la civilización europea», en cuanto afirma que significa el progreso entendido como perfeccionamiento de la vida social; y a más de esto, el desarrollo del hombre en sí mismo, de sus facultades, de sus sentimientos, de sus ideas, porque ambas esferas, la material y la espiritual, se relacionan, influyendo la una en la otra, y buscan, de esta suerte, la aspiración última del hombre. En cambio, manifiestan estas enciclopedias que la cultura «es uno de los elementos integrales de la civilización». Y que es un término que abarca los planos de la moral y del conocimiento.

interpretación filosófica de este fenómeno. Y mucho menos, la página en que se aclaren las diversas incógnitas que implica. Y es que la historia vive primero los hechos y después, con ayuda de la perspectiva, intenta interpretarlos. No obstante, aun en medio de los sucesos mismos, por oscuros y complejos que sean, debe aparecer el espíritu capacitado, no sólo para entenderlos, sino también con el fin de intentar su dirección inmediata. De otro modo, la verdadera cultura, que intuye y comprende en múltiples formas, lo pasado, lo futuro y lo presente, se desligaría de su responsabilidad dirigente. Tales palabras están comprobadas, con toda amplitud, por la intervención que han tenido los grandes hombres, en las épocas más difíciles de la humanidad. Y hasta el extremo de que un filósofo como Carlyle, escribiera que «la historia del mundo no es otra que la de sus grandes hombres». Pensamiento que es preciso restringir, puesto que [los espíritus excepcionales, proceden, como los otros, de las masas; y sus obras siguen siendo condicionadas por ellas.] Aunque esto ocurra en una o en otra forma proporcional, es cierto. Por tanto es de esperarse que los hombres cultos hagan un esfuerzo interpretativo,

Si se define la civilización como el progreso material del hombre; y la cultura, como el espiritual, aunque en muchas formas la una supone a la otra e inversamente, se le trasmite a esta última una mayor dignidad y amplitud. Y se explica cómo puede existir un hombre o un pueblo extraordinariamente civilizado y, no obstante, menos culto que otro. Nueva York, por ejemplo, es más civilizada que Roma, pero menos culta que ella. Existen más medios materiales para disfrutar del progreso externo en la primera; y más amplitud subjetiva para gozar de las conquistas espirituales del hombre, en la otra. ¿Cuál de estas dos ciudades vale más para la humanidad, en un sentido intrínseco? Desde este punto de vista, al contrario de lo que piden Guizot y Kurth, le corresponde a la palabra cultura, un significado más hondo y más vivo. Y por esto nos resolvemos a adoptar nuestra nueva definición de ambos términos.

semejante a las dificultades que existen para llevarlo a buen término.

Así queda definido el propósito que alentamos al escribir este ensayo sobre el desconcierto de la civilización contemporánea. No es, por consiguiente, otro que el de indicar la magnitud y las características de tal desconcierto. Además, nos proponemos, en esta rápida sinopsis, señalar al hombre moderno cuál es el camino que debe transitar la cultura, si se desea sacar provecho de la hecatombe actual, en beneficio de los ideales humanos más simples y, por esto mismo, más necesarios y más útiles. Pero este remedio no será aplicable con la precisión que requerimos, sin concretar las diversas características de la hora presente, en relación con las más groseras actividades del brazo y las más hondas disciplinas del espíritu. Hemos de preguntarnos, para cumplir con este programa, en primer lugar, cuáles son los caracteres esenciales de la civilización, restringiéndola a su papel de desenvolvimiento material de los recursos vitales. Y después, en qué consisten los que se refieren a la cultura contemporánea.

Se da el caso del tipo instruido en forma eminente; capaz de enriquecerse por medio de todos los recursos de la filosofía y de la ciencia. Pero nulo para servir a los altos destinos del mundo. Es el del hombre civilizado que forman casi todas las universidades de nuestra época. Y a quien hemos de atribuir las catástrofes sociales y políticas de ella.

Si la pedagogía moderna definiera con profundidad la diferencia que existe entre civilización y cultura, en la forma en que lo proponemos, cambiaría rápidamente el ideal universitario que es, en estos instantes, una amenaza para la tranquilidad de las naciones. El acto de no delimitar sus alcances, es una incapacidad manifiesta de interpretar el suceso histórico del siglo. Una falta de conocimiento medular de la filosofía de la historia.

La escuela, por tanto, civiliza pero no cultiva. E ignora los procesos anímicos que avalúan el poder intrínseco de las diversas clases que existen del conocimiento.

En cuanto a la civilización corresponde, sabemos que esos caracteres se concretan en un gran dominio de los recursos de trabajo que el hombre desenvuelve en la época. Si comparamos la civilización anterior, que podríamos denominar, en un esfuerzo clasificatorio un tanto artificial, clásica, con la del siglo XX, advertimos que la lentitud pertenece esencialmente a la primera. Y la velocidad, a la segunda. En las palabras lentitud y velocidad, está condensado todo lo que se relaciona con la vida práctica del hombre clásico y del contemporáneo: sus problemas económicos; su interpretación viva, aunque tácita, de la existencia del individuo en su papel de factor social; sus aspiraciones, tácitas o expresas, de índole política; y su concepto de la felicidad externa, en todas las modalidades imaginables.

La lentitud clásica que detalla el trabajo y lo divide en el mayor número de brazos, supone un reparto proporcional del esfuerzo y de la ganancia. Supone, como inmediata consecuencia de lo anterior, una vida relativamente pacífica, puesto que la posesión del detalle individualiza el ejercicio vital del hombre. Supone, finalmente, una menor competencia y como resultado de ella, un concepto, en lo que al dominio del mundo externo se refiere, más optimista. Se deduce de estas palabras, que la lentitud clásica produce, en relación con la velocidad moderna, y aunque en formas relativas, una mayor estabilidad de las cosas. Es decir que hemos alcanzado a explicar los caracteres de la lentitud vital objetiva, con una verdad simple, pero fundamental: lo lento choca menos con el mundo ambiente, que lo rápido.

Se nos podrá decir que el hombre clásico nunca dejó de padecer los choques internos de los países, tanto

como los internacionales. Sin embargo, sin olvidar los tumultos de la humanidad antigua, podríamos contestar que la imperfección de los elementos materiales, iba controlada por los movimientos despaciosos del brazo clásico. Sus consecuencias fueron, naturalmente, producto de la lentitud esencial de la antigüedad.

No deseamos, a pesar de todo esto, aplicar, a la lentitud y a la velocidad, cualidades fijas. Siguiendo el curso de nuestras ideas expuestas, podría pensarse que, para alcanzar la felicidad material, recetamos la lentitud. Sólo hemos pretendido indicar las derivaciones primeras del movimiento despacioso, dentro de los motivos vitales del hombre. Tanto la lentitud, considerada en términos generales, como la velocidad, tiene un plano de desarrollo imprescindible en la existencia humana. Y es más, todavía: el movimiento se desenvuelve en su natural desarrollo, de lo quieto a lo lento; y de lo lento a lo rápido. Y el hombre ha de pasar necesariamente, en las circunstancias más diversas, por este proceso indefectible. Por tanto, la felicidad material que en un principio aparece más fácil en la lentitud detallada, es más exquisita en la velocidad sintética. Nuestro propósito es, por esto, el de examinar las primeras fases de lo lento y de lo rápido, con la intención de que se comprenda la diferencia elemental que separa a la antigüedad de la época moderna, con las salvedades apuntadas en el paréntesis transcrito.

[Todos los bienes y los males externos del mundo clásico, pueden derivarse de la lentitud. Todos los bienes y los males materiales de nuestro tiempo, son consecuencia directa de la velocidad.]

Tenemos, pues, un punto de arranque para realizar la interpretación comparada de las dos épocas. Y estamos

en aptitud de examinar sus bondades y sus defectos, [de acuerdo con la verdad esencial del movimiento, considerado como factor primordial del desarrollo objetivo del hombre.]

Antes hemos de ver otro aspecto fundamental del movimiento: el relativo a su multiplicidad temporal. [Se sabe que el tiempo no es un absoluto objetivo, sino una forma de apreciación interna de lo móvil diverso e infinito.] Se sabe, además, que dentro de cada individuo, esta apreciación temporal varía de acuerdo con la mayor o menor intensidad con que se aperciban sus incontables variaciones. En consecuencia, [a mayor cultura corresponde una mejor apreciación temporal de lo móvil.] Y si esto ocurre con cada individuo, puede afirmarse que el fenómeno se repite, en grande escala, con la humanidad entera. Según tal conclusión, el tiempo clásico ha de tener sus propias características, diferentes a las de la época actual.

Algunas ventajas tiene la lentitud clásica sobre la velocidad contemporánea, en lo que respecta a la capacidad apreciativa del tiempo. La vida temporal de Sócrates, por ejemplo, le permitía una gran serenidad discursiva. Los estímulos externos estaban reducidos, en Grecia, al mínimum. Las charlas socráticas no fueron interrumpidas por el pitazo de la fábrica, por el zumbido de la hélice ni el repugnante del tráfico urbano moderno. Aunque parezca paradójico, este vacío externo era propicio a la condensación meditativa del moralista. Y, por esto mismo, su apreciación temporal era más fecunda por su mayor intensidad subjetiva. En cambio, el ruido de la velocidad actual trabaja, sin cesar, contra la intensificación apreciativa de nuestro tiempo. [La temporalidad griega era, por consiguiente, más propicia para conden-

sarse en vitalidad contemplativa.] Y la del siglo XX, para multiplicarse en externos estímulos, que distraen la atención de lo contemplativo detallado clásico y la extienden sobre lo azarosamente contemplativo de lo múltiple sintético. Esto no quiere decir, en forma alguna, que Alejandro no fuera envuelto por el ruido de las armas; y que un campesino de esta época, retirado en la soledad de la montaña, no permanezca en el más denso de los silencios. Es que los caracteres de los tiempos históricos se delínean, naturalmente, por manera estadística. Ya veremos las consecuencias generales que se desprenden, en cuanto a la civilización corresponde, tanto como a la cultura, de estas dos temporalidades: la clásica y la actual.

Como la mayor cantidad de hombres multiplica los estímulos, la menor los reduce. Por eso, el mundo clásico trabajaba empujado por un mínimum de fuerzas estimulantes. El progreso, en consecuencia, había de ser necesariamente más lento en Grecia y rapidísimo en la actualidad. Un solo invento, en aquella nación, no podía combinarse, como ocurre ahora, para la producción de otro mayor. Luego corresponde, a una mayor cantidad de hombres, una civilización más compleja y viceversa. Se concluye, por tanto, que lo clásico es simple por lo lento y por lo reducido; y lo actual complejo por lo múltiple y por lo amplio.

Aunque estas verdades tienen una fisonomía vulgar, deben ser bien examinadas, si queremos una interpretación más o menos cabal de las líneas que determinan, no sólo los resultados objetivos de la civilización, sino también las responsabilidades clásicas y contemporáneas del progreso general. Así concluiremos, sobre base segura,

que [el desconcierto en que vivimos por el desarrollo casi milagroso de la máquina, no depende, exclusivamente, de la falta de buena voluntad del siglo, sino y en gran parte, de factores físicos que lo determinan.] Y demostraremos que la desazón ambiente proviene de no observar, con detenimiento, las leyes que evolucionan lo externo al influjo creador de nuestras manos. Al dividir las dificultades de interpretación en dos partes, la de las leyes objetivas y la relativa a las responsabilidades internas del hombre, ponemos el orden justo y necesario que exige el análisis sereno de nuestros conflictos. Y esta es precisamente la actitud a que hemos de someternos en el estudio de la civilización contemporánea.

Está claro, si recapitulamos en breves palabras las páginas anteriores, que [la civilización antigua y la moderna tienen un espacio propio, un movimiento propio, un tiempo propio y una responsabilidad propia. Que, por una parte, podemos juzgar con entera serenidad, lo relacionado con el mundo antiguo. Y, en cambio, vemos, con ojo epiléptico, lo que nos parece ahora un tumulto sin explicación alguna, sin la menor sindéresis. Y que este atolondramiento producido por la complejidad del instante, debe impulsarnos a un esfuerzo analítico mayor, de la axiología vital del siglo.]

El gran espacio que sirve de escenario: a la vida actual; las grandes velocidades que la preocupan; y la densísima población del mundo que llena de innumerables estímulos a todo género de trabajadores, han determinado en la teoría y en la práctica, dos tipos fundamentales

del ser humano: el hombre máquina y el hombre HOMBRE. Veamos qué clase de comedia o de tragedia, están representando, ante los ojos azorados del contemplador y de qué medios se sirven para manifestarse.

No es posible desligar la civilización y la cultura de ningún pueblo del mundo, de un patrón dado por las razas más fuertes. Juzgamos, por eso, del grado de la cultura y civilización japonesas desde el punto de vista de ese patrón universal, lo mismo que de la cultura y civilización de Madagascar o de la India. La velocidad ha hecho el milagro de que los sucesos de Rusia interesen, de un modo mediato e inmediato, a los Estados Unidos de Norte América. Que una forma tal de armamentos de Italia estimule, de una manera dada, a las fábricas de armamentos de Inglaterra o del Portugal. Es decir que el sistema nervioso del mundo se ha tornado, a fuerza de civilización, en un aparato finísimo, que lo trasmite todo con la velocidad de la máquina. Pero hay que advertir que la civilización es algo frío que desconecta, cada vez más, el progreso obtenido de los intereses culturales de la humanidad. Y por eso nuestra época se caracteriza por la ambición desmedida que los países manifiestan por el dominio material de las cosas. Se caracteriza por haber roto la correlación armoniosa que debe existir entre lo civilizado y lo culto, entre la carne y el espíritu. Se caracteriza por el desenvolvimiento monstruoso de la materia frente a una quietud inimaginable de los intereses morales del hombre.

Así está denunciado este fenómeno histórico de desequilibrio. Queda ahora el problema de repartir las responsabilidades de su producción satánica. Hemos de convenir en que la escuela, en sus términos más gene-

rales, ha preparado al hombre para producirlo, tal cual lo apreciamos en estos instantes.

A la escuela se le debe la ideación erudita de hombre. Se habla de otra, de carácter vital, que desconoce el maestro de los niños, tanto como el magister de la cátedra universitaria. El hombre de carne y hueso; el que mueve y goza y sufre, todas las ideas, todas las emociones, todos los deseos del arsenal humano. El hombre HOMBRE. El que no entretiene sus ocios en la conformación solamente libresca de su ideología y su sentimentalidad. El que, salido de las viejas murallas de una muerta memoria, transforma el pergamino viejo, en un conocimiento alado y funcional de la vida. Es el mismo que se siente sumergido en el destino de la gran colectividad humana. Pero, ¿lo conoce la escuela moderna? ¿Lo sospecha la ciencia actual? ¿Lo concibe de pleno y lo dirige también de pleno, la filosofía nueva? ¿O ha dejado acaso de sospecharlo tan sólo el artista moderno, que es el representante de la máxima vitalidad espiritual por lo que tiene de patético y de armónico? ¿Es que hay alguien que haya sido capaz de concebirlo en la forma compleja y profunda que él mismo exige?

De esta incertidumbre que existe para determinar al hombre HOMBRE, se desprende la incapacidad de la pedagogía para cultivarlo y de la axiología humanista para servirse de él. No sabemos lo que deseamos para forjar una cultura que se alce hasta la altitud desde la cual pueda dirigir, recortándola, ampliándola o completándola simplemente, a la civilización. De aquí se desprende la desproporcionalidad que existe en el mundo en su modo de civilizar y cultivar, de un modo funcional,

vigoroso, vivo, las capacidades, hoy cortas y dispersas, del género humano.

Acusamos, por ello, a los grandes maestros del mundo, por haber dejado que la civilización haya devo-
rado los motivos mismos de la cultura; los acusamos por no haberla definido con entereza; por haber dejado al azar, la suerte moral del estudiante moderno; por haber querido y haber logrado hacer de él, no al hombre HOMBRE, sino al hombre máquina, al fabricante de puentes inmensos y de fastuosos rascacielos, capaz de todo para labrar el hierro y la piedra; e incapaz de todo, para hacerlos servir en la obra redentora del alma. Los acusamos porque no han sabido poner al servicio de la verdadera cultura, los grandes inventos de la época; por haber fundado escuelas románticas, alejadas de los principios con cuyos recursos ha de labrarse algún día, al hombre HOMBRE. Los acusamos por faltos de una verdadera emotividad trascendental; y por demasiado sobrados en la sistematización de vacuas y torcidas ideologías. Por creer que las ciencias sólo sirven para enumerar, para ajustar piezas de cobre o de acero y, finalmente, para el hartazgo técnico y la matanza metódica de los ejércitos. Los acusamos por teóricos, en forma exclusiva, muchas veces; y por sanchescos y burdos casi siempre, en la interpretación de las verdaderas necesidades objetivas y espirituales del hombre. Por hacer de la ciencia, del arte, de la filosofía y de la conducta, artículos de un desmañado y viejo nacionalismo. Porque son estos los verdaderos motivos que tienen sin contralor posible, las pasiones humanas. Los acusamos, en suma, por no haber comprendido en la magnitud que lo requiere la época, que la civilización necesita, a más de una espuela, un freno y una

rienda. Que la cultura polar que se imparte desde las cátedras, en un desconocimiento pavoroso del hombre HOMBRE, no hace otra cosa que vestir con la toga, la picardía del hombre máquina y la ineptitud pedantesca del erudito, fuera de una comprensión medular y activa de la vitalidad humana.

Pero, ¿cómo se ha constituido este hombre civilizado de ahora, en una máquina? ¿Qué ideas estratificadas lo han empujado al automatismo? La lentitud clásica y la limitación del escenario en que se manifestó, hizo, en primer lugar, la frontera de la ciudad, del pequeño estado, que separó, por ejemplo, a Esparta de Atenas. Esta idea limitativa del poder político, se amplió en el mundo por la absorción romana. Y volvió a empequeñecerse después con la caída de Roma, fragmentada en multitud de nuevas fronteras, que son las que permanecen, con más o menos variantes, en el siglo actual. Por tanto, el límite nacionalizante de los tiempos modernos, es producto del detallismo antiguo, hijo, a su vez, de la falta de medios de comunicación rápida que se apareja a la esencia de la lentitud. Tenemos, pues, el origen de la localización perfectamente definido. Y nos percatamos, al punto, de que todo nacionalismo, toda frontera, son el producto de un ambiente anterior arraigado, en lo más hondo de la conciencia, en la humanidad entera. Y como el egoísmo de las naciones es un sentimiento que las maquiniza por las necesidades de su defensa continua, se puede afirmar que una de las más poderosas escuelas de maquinización, se formó, desde la antigüedad, en el concepto de frontera. La nación máquina preparó a sus discípulos, de esta suerte, para elaborar en ellos al individuo máquina.

¿Se extiende, la acusación anterior que le hemos hecho al hombre moderno, tan sólo a él mismo? ¿No recibió, de la historia misma, la herencia de lentitud que hoy lo ata a la circunscripción del límite? Actualmente se ha establecido una lucha de incalculables alcances, entre la velocidad y el concepto defensivo de frontera. Lo circunscrito en la civilización clásica, con toda comodidad, en el medio urbano o en el minúsculo territorio, se ha ramificado, con una gran amplitud, sobre el sentido clásico de la frontera. Las fuerzas de cada país, lanzadas hacia afuera como proyectiles cada vez más veloces, tienden a vivir en un ambiente más amplio; y se aprestan a conquistar derechos de tipo internacional. Y como la mayor parte de los países se manifiesta igualmente, se ha establecido un rozamiento de líneas de velocidad que trasciende sobre el viejo derecho, hasta esferas que tocan con un ideal nuevo de expansión. Entre tanto, el viejo concepto de nacionalismo ya no puede oponerse a semejante desbordamiento. Pero, no obstante, el instinto político de los diversos estados se aferra a él con esa fuerza instintiva de las tradiciones milenarias. El conflicto es claro: la idea egoísta de límite, representativa del mundo antiguo, lucha por conservarse, contra la universalización de la velocidad manifiesta en la rueda y en la hélice. La solución de este conflicto ha de ser, de modo necesario, en primer lugar, la confederación de los continentes. Y después, la del mundo entero. Se hablará, dentro de pocos años, de la unión pan-europea, de la pan-asiática y de la pan-americana. Y cuando el hombre veloz o vertiginoso, no quepa en un solo continente, morirá, de una manera definitiva, el concepto clásico de frontera.

Es el adelanto de los objetos, de los recursos materiales, el que logrará cambios de este género. Y de este progreso fantástico habrá de desprenderse la fuerza capaz de renovar, en lo más profundo, la clásica concepción del derecho. Así trabaja lo que los materialistas llaman materia, aunque no es tal materia, por conducto de la civilización, en el desarrollo intrínseco de la cultura humana. La verdad vieja de que lo de abajo se proyecta hacia lo de arriba e inversamente, seguirá comprobándose siempre.

El conflicto de la velocidad contra la frontera, se multiplica en innumerables formas. El quantum vital de cada hombre ha sido considerado, por la civilización clásica, en una forma empírica. Y las exigencias de la vida actual, hechas a base de velocidad, reclaman el análisis técnico, a efecto de concertar los intereses individuales con los sociales. La fórmula antigua, al considerar este quantum vital, puso también frontera a los más, en beneficio de los menos. Y la técnica actual debe reconocerlo para luchar contra este límite que desconcierta la capacidad de existencia del hombre. Expresado de un modo sintético, cabe manifestar que, para las aspiraciones de cada hombre, no debe haber límite alguno, ni en lo material, ni en lo espiritual. A la falta de técnica de la civilización y de la cultura clásicas, debe atribuírsele la nota alta de las extremas de derecha y de izquierda. Aunque éstas se justifiquen dentro del canon de hierro de la realidad histórica, no son otra cosa que intentos hechos para resolver el conflicto surgido, entre la idea de límite del quantum vital de las masas y la velocidad liberadora de nuestra época.

Hay límite clásico entre la civilización y la cultura asiáticas y la civilización y cultura de Europa. Y también existe frontera entre el orden vital europeo y el americano. Cada uno de estos límites, cristalizado a través de largas centurias, está amenazado actualmente por la velocidad. Cada separación de estas es un semillero de discordias que deben terminar por conducto de la tragedia o de un tirante entendimiento de otra índole. La velocidad exige a cada uno de estos sectores, nuevas tierras y nuevos mercados. Por esto, la hegemonía de las grandes potencias, hecha límite de piedra durante tantos años, está siendo cada vez más amenazada por el mar, por la tierra y por el aire.

También hay límite entre las posibilidades de subsistencia de las diversas profesiones del hombre. Los grupos de trabajadores se encierran en egoísmos que proceden de la más remota antigüedad. Y cada uno se ha hecho su mundo propio, distanciando a los unos de los otros. Pero como las diversas disciplinas de trabajo se necesitan cada vez más entre sí, se impone, de algún modo, la ruptura del límite que las separa. Mientras tanto la lucha de los conceptos petrificados, contra la velocidad del avance moderno, se hace más densa.

El límite que amenaza más a los hombres es el que se ha ido estableciendo entre ellos y el poder absorbente de la máquina, hijo de la velocidad. Es decir, que en este caso la velocidad deprime los intereses del hombre. Pero sería infantil atribuirle a un montón de hierro organizado, la culpabilidad de esta lucha de fronteras. Hemos de preguntarnos entonces quién mueve la máquina y con qué fines la mueve.

En lo que al último aspecto se refiere, se impone confesar que se ha establecido una paradoja histórica: la de la velocidad, que rompe fronteras, controlada por la pequeña circunscripción del dueño de las máquinas. Es fácil prever que la velocidad tiene suficiente energía para desprenderse de la mano que intenta monopolizarla.

Es claro que existen límites que no se pueden romper: los de la incapacidad natural de un individuo, de un grupo de individuos o de una raza mal dotada de nacimiento. Pero esto no es obstáculo para que el hombre, servido de sus capacidades morales y científicas, no intente romperlos. Hay que recordar que la ciencia avanza vertiginosamente en su busca de la felicidad relativa de todas las razas.

El hombre máquina, empírico, egoísta, materialista, ignora el sentido de estas luchas. Y se afirma en su ignorancia para crear conceptos deprimentes sobre los destinos de la civilización y de la cultura. Las ideas que forja son nuevos límites que se oponen al vértigo del movimiento moderno.

Estudiemos ahora cómo se mueve el hombre máquina dentro de este escenario construido por las fuerzas ciegas o las dirigidas, de la masa histórica.

Circunscribe su acción, ordinariamente, a una especialidad. Si es obrero, no pasa de conocer los secretos formales del tornillo que labra; si agricultor, de la monotonía del cultivo único, así se deprecie el producto que alcance; si ingeniero, desconoce, casi siempre, las necesidades o las inquietudes del medio en que opera; si médico, la importancia de las disciplinas colaterales a la suya; si abogado, ve con desdén al obrero, al ingeniero, al agricultor, a quienes no les reconoce otra

personería que la del cliente; y en modo alguno la del colaborador del concierto común. Puede afirmarse, en consecuencia, que ignora las conexiones materiales y espirituales que lo atan a la colectividad humana. Y por eso, en vez de constituirse en colaborador de los demás, se transforma en el lobo clásico de la leyenda. Mas no es esto únicamente: como no tiene la costumbre de reatarse al medio en que vive, carece, en el fondo, del sentido gremial; y se constituye en un misántropo, en un sér egoísta y sombrío. Es claro que un hombre conformado de esta suerte, es terreno fértil para acoger, en caso de que en alguna ocasión alce los ojos sobre la masa concreta que pisa, las ideas más pobres, las doctrinas más tristes. Y en tal circunstancia se apresura a aceptar sus émbolos y sus poleas, con aquel virus materialista que empieza por ignorar qué es la materia; o con aquella sustancia corrosiva que extrae de la ubre escéptica; o con la otra, oscura y deforme, del pesimismo, que lo ve todo negro desde que puso los anteojos ahumados frente a la aurora de la eternidad.

El hombre máquina no tiene imaginación o no ha podido o sabido cultivarla nunca; no ejerce contralor en su conjunto anímico, puesto que sólo ha desenvuelto una facultad o un corto número de sus facultades. Es un sér encerrado, si humilde, en una empalizada; si ^{es} aristócrata, por el dinero que gasta o la profesión que ejercita, en una jaula de oro. Es un esclavo de su especialidad, de su egoísmo, de su materialismo; de sus normas escépticas o de su aberración pesimista. Es, en suma, eso mismo: una máquina.

Pero algo más, porque, al cabo, también es hombre. Y esta dignidad que lo alza sobre su propia materia,

organizada técnicamente para servir a un grupo reducido de propósitos, encuentra, en innumerables oportunidades, el sillón de un ministerio o el de una cátedra; la vara de membrillo de una Jefatura Política o el cetro de metal de un Imperio. Cuando esto ocurre, el discurso o la ley que impone, sujeta a un grupo de escolares o hace temblar con el estrépito del hierro, a la humanidad entera. Porque la máquina material se ha sublimizado, en las esferas subjetivas del medio; y logrado poner a sus órdenes los recursos más finos para entristecer al mundo.

¿Cómo se han arreglado las cosas para arquitecturar el tipo máquina de hombre y, por efecto inmediato, de nación? La materia objetiva es más dúctil al capricho de la mano y a la mordedura del cincel. Es más fácil inventar el teléfono o un terrible explosivo u obtener la transmisión de la palabra a enormes distancias, que desterrar la criminalidad de las clases incultas; que impedir el desarrollo de la hipocresía ambiente o someter al exilio la bajeza del hombre ignaro, tanto como la encubierta y enmascarada de millares de espíritus académicos envejecidos bajo la arcada de la biblioteca o en la tribuna de los parlamentos. Por esto, mientras el hombre de acero domina el agua, la tierra y el aire, la moral humana permanece la misma, desde la época de la caverna hasta el siglo XX. Lo objetivo es lo fácil; lo subjetivo, lo difícil. Con la pedra se hacen inmensas pirámides; con el alma atormentada del conglomerado humano, sólo hemos alcanzado a instituir al hombre práctico contemporáneo, olvidado de lo abstracto por lo concreto y de lo moral y edificante, por lo cómodo.

El hombre máquina ignora sus propios poderes colectivizantes: es una isla. Y por su carácter limitante,

puesto que es un ente activo en su egoísmo, y no se satisface con ser, de un modo simple y quieto, limitado, trabaja apropiándose de todas las armas del competidor, del estrujador de los derechos ajenos: es el hombre lobo. Afila el colmillo antes de entrar en combate; y produce, con entera frialdad, el dolor de la carne que desgaja. No hay doctrina que se lo impida; para él, la naturaleza es ciega; y la divinidad, que todo lo explica o lo eleva en la esperanza, un mito. Es decir que es, en tanto que limitado y limitante, satánico: una añagaza del Luzbel clásico.

Malicioso, suspicaz, desleal, empezando por serlo consigo mismo. Impostor, falsificador, hipócrita. No le hace falta, en su función limitante, ninguna arma vedada. ¡Y qué se lo impide! ¿No es el mundo un puñado de lodo girando, sin propósito divino, en el espacio? Si la ciencia está a su servicio, es sabio: la verdadera sabiduría no le importa. Es tan sólo una imagen que se empolva en los museos pitagóricos o en las catedrales cristianas. Reconoce al pintor para adornar los muros de su castillo. Al escultor, para embellecer, con bronce y con mármoles, su parque o su jardín. Y al filósofo, para citarlo en la sobremesa de la fiesta elegante. Pero se satisface en ignorar a Mecenas; o lo imita pobremente a fin de excusarse ante su recuerdo.

Constituye y domina todas las clases sociales: masa dirigida y factor dirigente. Campesino, obrero, soldado, maestro y político. Si campesino, trabaja para comer y come para llenar su ideal de felicidad; si obrero, a efecto de llenarlo en la mesa o en la taberna; si soldado, con la intención, en los mejores casos, de cumplir con las exigencias materiales de la vida, al amparo del galón

y de la bayoneta; si maestro, por el interés de retirar, sin sobresaltos en su trabajo, un cheque periódico; y si político, para satisfacer su apetito biológico y su vanidad de mando. En resumen: el hombre máquina circunscribe sus actividades a la consecución de las formas concretas de subsistencia. A esto agrega, cuando se manifiesta en planos superiores, el placer de dominio, con que satisface su más alta idealidad espiritual: la fama. La fama es la religión del hombre máquina aristocrático: su mayor estímulo en el combate, porque le garantiza el modo de ampliar el poder. Además, le retribuye su esfuerzo con el regalo de la consideración social, que es la forma del amor que mendiga. Es decir que el hombre máquina ínfimo se basta a sí mismo, en tanto que el superior, egoísta como es, busca el consenso del medio que explota y que desprecia. Para satisfacerse a sí mismo, es un solo individuo: el centro del mundo en que vive. En cambio, a fin de encontrar los medios de hacerlo a su entero capricho, persigue el general apoyo y aplauso de sus víctimas.

Compra el arte para venderlo. O lo acepta, cuando menos, para anunciar, comercialmente, el "brillo de su personalidad. En este caso puede alcanzar la apariencia de ser un fino arqueólogo que simula extasiarse ante una baratija de jade de los mayas; o ante un empolvado cuadro de algún pintor italiano, si se presenta como un enamorado del lienzo; o ante un mármol griego, si finge afición desinteresada por el arte escultórico. Y si se enmascara de músico, se hace aceptar por un conocedor de Liszt o de Gounod. Y no es raro que, a fuerza de pensar en el maya, en el italiano, en el griego, en el alemán o en el francés, monte en cólera por haber perdido

el tiempo en hablar de ellos, sin vender o comprar el jade, el cuadro, el mármol o la pieza musical a que se ha referido. ¿Y cuántos piensan de este modo en el mundo? Ellos forman el público frente al cual canta el poeta y pule su joya el orfebre. Para este público se hace la película y se monta la pieza de teatro; para él se repuja la crónica de encaje y se talla en caoba el mueble; se hace la alfombra y se refina el pálido marfil de la India; se matiza la panza elegante de las ánforas o se tiñen las porcelanas; se eleva la torre gótica o se expande la cúpula de Roma.

Esto se refiere a la obra concluída. ¿Qué decir de la actitud del público ante el esfuerzo, la lucha y la angustia de superación del artista? ¿Prepara metódicamente al aeda para tener luego el derecho de disfrutarlo? ¿Lo cubre, acaso, con su protección? ¿Lo alimenta, lo viste de acuerdo con su dignidad de iluminado y de profeta? ¿Lo toma en cuenta, siquiera, en el reparto de sus ganancias? ¿Le paga sus viajes y le edita sus obras? Lo desprecia, lo hambrea, lo atropella, lo explota y lo aniquila, finalmente.

Por ello el artista se ha revelado, en menoscabo de su obra, tanto en su aspecto ordinario como en el técnico. Queremos expresar que en este desigual combate, el artista se ha visto forzado a transformarse en hombre máquina, para entender la lengua fenicia y defenderse con ella. Y este es el mayor mal que le ha hecho el siglo XX a las artes: maquinizarlas.

Por ejemplo, a veces, no sabemos si el cine es tan sólo un negocio de compraventa o de propaganda política o racial; o si es un medio culturalizador de los pueblos. Está completamente mixtificado por la taquilla y por la

prostitución, en sus formas más complejas. Es decir que, en cuanto es un arte, no progresa con la celeridad ni la pureza exigibles. Y en cambio, en cuanto es un negocio se eleva hasta insospechables alturas. ¿A quién se debe este amor casi exclusivo a la espesa materia de la máquina? ¿No podrían coordinarse con más justicia los intereses humanos? Las capacidades instructivas y educativas del arte cinematográfico son enormes: no se las aprovecha para realizarlas ni en proporciones ínfimas. Todo lo contrario: la vida de la mujer moderna, con sus defectos, se le debe a este arte. Y es que el efecto de la imagen viva, que gesticula y que habla, entra vertiginosamente a la apreciación intuicional del público. ¿Quién ejerce contralor sobre esta propaganda del desenfado y de la desfachatez? Por una película edificante, hay cien estúpidas o insulsas o tendenciosas, en algún sentido deprimente de la personalidad humana. Las policíacas son incentivo en el desarrollo de bajos instintos. Las de serie, un tejido de absurdos propio para retener el desarrollo imaginativo del escolar que las ve o del infeliz que las soporta o las aplaude. Las de espantos se especializan en preparar sueños de pesadilla, en las señoras enfermas o en los niños. La gente sensata va al cine a hacer la digestión, porque no se necesita ni siquiera ejercer el sentido crítico, en presencia de obras tan desteñidas y soporíferas. Cierto que hay cómicas que hacen olvidar las lágrimas, por las risas; y obras de muñecos animados que son estupendas joyas del género; y revistas mundiales que nos ponen en contacto directo con las realidades del mundo entero. Mas, para llegar a ellas, es necesario acecharlas cuidadosamente en los programas. O soportar la interrupción de espeluznantes dramas que las interfieren.

Los asiduos al cine nos salvamos de tanto escollo, viendo, en la cinta infantil de vaqueros, el paisaje, que es el único alivio artístico que nos queda, de siete u ocho rollos enteros de estupidez gesticulada y hablada mágicamente. Porque el cine es obra de magia en manos del ventero que se mudó de artista, después de haber realizado su casa de empeño; o su mercado de carne vieja. ¿Cómo va a serlo de un artista de verdad, si de este modo corrompe a las mujeres, desorienta a los niños y fastidia a las personas cultas?

Lo grave no es que esto sea así: es que nadie lo reconozca e intente despertar al público de su engaño y no exija que se le ofrezca obra sana, edificante y bella de verdad. De otra suerte, el cine seguirá volcando en el subconsciente del público universal, la estolidez y el mal gusto. Y estimulando los bajos instintos de las masas, bajo el pretexto de divertirlos o interesarlos en peregrinas interpretaciones de la vida.

Nos preguntamos ahora: ¿está el prodigioso invento del cine al servicio del hombre? ¿Explota, en beneficio de él, todas sus posibilidades artísticas? Y si no está al servicio suyo y tampoco desenvuelve sus aspectos dignos de superarse, ¿qué intención lo mueve en la lucha?

El verdadero artista, de un modo o de otro, se ha dejado arrebatar de las manos un invento que debería ser, para él, arma incomparable en la creación de una belleza integral.

El hombre máquina no se satisface con industrializar, con propósitos cavernarios, el cine. Lo ha hecho con el teatro, con la novela, con la arquitectura, con la pintura, con la escultura, con la música, con la poesía. A través de estos géneros corren vientos de muerte. El materialismo

—ambiente propicio al lodo y al miasma—satiriza y carcome en los escenarios; infunde pavor en la novela de sesgo pornográfico o de tesis sombría; carcome la arcada o la columna sobre el muro desierto y comercial del rascacielos; intelectualiza hasta el acertijo, la majestad del lienzo; se entristece y oscila en la estatua; se africaniza pavorosamente en la danza y en la música; y se torna blasfemia y barricada en el verso, como si la escala cromática ya no tuviera derecho a ascender a la garganta del pájaro, al rosicler de la nube o a la claridad de la estrella. Las crónicas de la guerra lo llenan todo, a su influjo, con sangre. El afeminado preciosismo helénico de la pre-guerra, es, precisamente, antípoda de la carroña contemporánea. Lo exquisito del parnasiano, sonoro y pomposo, ha sido sustituido por el canto a las trincheras, entre la tos de los gases asfixiantes y el grito gigantesco de los cañones. Porque en el arte actual, la máquina humana despedaza con dinamita lo espontáneo y pone alas de arcángel al becerro de oro.

Si esto es así, en cuanto corresponde al autor mismo de la belleza, ¿qué diremos del contemplador desinteresado de la estatua, del rascacielos o del lienzo? ¿Y qué pensaremos del que disfruta del poema desvertebrado y fumista y del bullicioso concierto de la música africana? Si el artista que produce la belleza a medias o la destruye en su propio nombre es, con raras excepciones, máquina o mitad máquina, ¿qué puede ser el público de ignorantes o de fenicios a cuyo destino se ofrenda?

Parecen olvidar, los productores del arte contemporáneo, que éste entra en función de la vida, por la portezuela de la conciencia abierta, hasta los bajos fondos de la personalidad humana. Que el subconsciente del

público universal ya no resiste a Beethoven y a Mozart, porque está poblado del zapateo y el contorsionismo de la danza negra y de la estridencia salvaje del jazz-band. Y por culpa de ellos tienen el público maquinizado, sombrío y mezquino que merecen. No es raro que esta colectividad, descendida a fuerza de tambores y de trompetas, a las cavernas del instinto, no soporte la música de salón de Chopin por la rumba de la manigua cubana o la pieza de espesa procedencia yankee. Decimos, entonces, con verdadero acierto, que las empresas comerciales del arte moderno han retornado al instinto con la intención de ampliar fácilmente los compradores de obras. Y que lo han conseguido hasta la saciedad. La belleza industrializada de este modo, no podrá nunca alzar el nivel de la cultura humana: lo hundirá cada vez más hasta el fondo de la más grosera sensualidad, hasta el instinto de la fiera prehistórica.

Mientras tanto, los críticos actúan como si no comprendieran la trascendencia de este fenómeno de la civilización máquina. Y es más: están al servicio de los jefes de esta industria macabra; son también hombres de hierro automático, que están sirviéndose de la velocidad—de la pantalla, de la radio, de la hélice—en sentido inverso. Caminan vertiginosamente hacia atrás. De esta manera explicamos cómo los recursos de cada época—lentitud, velocidad—se impulsan en las más diversas direcciones. ¿No abusaron los clásicos y los amigos de la lentitud en todas las épocas, para urdir en silencio sus planes de burda sensualidad? Pues asimismo lo realizan hoy los mágicos propulsores de la velocidad, sumergidos en el bullicio de las poleas.

El hombre de ciencia tampoco rehuye la tentación de la industria. Se ha formado en las doctrinas que él llama prácticas, del positivismo. Observa, mide, cuenta y compara los objetos. Y parece ignorar que trabaja, a pesar de las doctrinas positivistas, dentro de conceptos de hebra puramente metafísica: el de tiempo, el de espacio, el de movimiento etc. Es natural que no sepa lo que es espacio, tiempo y movimiento. Suele usar el concepto de materia como si fuera una realidad concreta. Y con él se forma, a pesar de sus deseos, una filosofía empírica que le sirve para hacer menosprecio de las ideas de quienes, según él, no observan, no miden, no cuentan y no comparan. Comte es uno de sus mejores representantes. Dijo, entre otras cosas, que la humanidad sigue estas tres etapas: la religiosa o primitiva; la metafísica o transitoria; y la científica o definitiva. Sin embargo, terminó su vida fundando una religión en que él se declaró el supremo pontífice. A la tierra (1) le puso, para coronar su concepto positivo sobre ella, el nombre cómico de GRAN FETICHE. Es decir que denunció a la filosofía de su tiempo, en nombre de la ciencia y trabajando sobre conceptos metafísicos que fué incapaz de comprender, para terminar en un grosero fetichismo de carácter primitivo.

Los científicos de ahora no son superiores a Comte. Y aunque en el estudio del átomo, no han encontrado la materia concreta que rige sus credos objetivistas y que les sirve para menospreciar todo otro género de investigaciones que no sea el de la mecánica, continúan hablando del sensualismo artístico y del materialismo histórico,

(1) ¿Al sol o a la tierra? Para el fin da lo mismo.

con igual ignorancia de los destinos del hombre, contraídos, para ellos, a los límites de la vida vegetativa.

Una ciencia de esta especie es tan ignorante en su propio terreno, como la filosofía que combate parapetada en la explicación muerta, aunque mecánica, de la existencia: no ignora menos el positivista que el idealista; el buscador de escarabajos, de fórmulas químicas y de verdades matemáticas, que el filósofo. Sólo que, a la postre, la moral práctica que se desprende de los conceptos de materialismo histórico y de simple sensualismo artístico, ha servido para maquinizar la vida moderna, poniendo al servicio del apetito sensual y del instinto, los recursos de la velocidad. Es raro el sabio de esta especie, que piense que el mundo no es, tan sólo, un embolismo mecánico. Raro el que sueña con una interpretación del cosmos, superior al pobre alcance de sus sentidos. Y casi ninguno el que, después de maravillarse ante la supuesta materia del átomo inasible y el espectáculo de la gravitación universal, crea en algo que está por encima de su cabeza y de su ciencia. En cambio, el contemplativo, que sabe también servirse de la ciencia para vivir, eleva la mirada hasta más allá de sí mismo y se acerca, de esta forma, un grado más, a la sabiduría. Mas el contemplativo no está en su propio reino en el siglo de la máquina. Y no debemos responsabilizarlo, en igual medida, que al sabio materialista, de la industrialización fenicia de los mejores símbolos culturales. La culpabilidad del desconcierto contemporáneo de la civilización, es propia del escepticismo, del pesimismo y del materialismo, de esta ciencia simplemente enumeradora y comparativa de origen comtiano y de otros orígenes no menos cómicos y dramáticos.

Lo que nos estorba del científico actual no puede ser y no es el hecho de que haga prodigiosos inventos. No puede ser y no es, su afán de dominio de la realidad externa. Es, particularmente, su modo de intervenir en la conformación moral de los pueblos. Trasciende su destino y su oficio, cuando establece, derivándola de su eficacia objetiva, una moral mecánica: la del hombre máquina. Porque la del comerciante que industrializa el arte y no teme industrializar a la religión misma, cualquiera que ella sea, es producto inequívoco de su influencia.

Como es más fácil la disciplina científica que la del moralista verdadero, los sabios de esta índole constituyen innumerables legiones. Y, naturalmente, controlan, por la cantidad, el mayor número de cátedras de la universidad moderna y el mayor número de laboratorios comerciales del mundo. Su obra es buena, hasta los límites de lo extraordinario, en lo que a la organización mecánica se refiere. Pero mala, también hasta los límites de lo extraordinario, en todo aquello en que intervienen para dirigir la conducta superior del hombre. Tan mala, que se puede afirmar, sin temor a equivocación alguna, que el hombre máquina es, en un noventa por ciento, obra suya.

¿No se desprende, de esta responsabilización que hacemos, un beneficio crítico de primer orden? Es necesario señalar los orígenes del desconcierto en que vivimos, para advertir, a la humanidad, que está mal organizada por culpa de la moral mecánica que todo lo envuelve en tragedia. Moral desprendida, en forma paradójica, del progreso externo.

Sin embargo, es indispensable ahondar más el trabajo de responsabilización para que se advierta su

enorme complejidad. La máquina, en sus términos más amplios, está movida por el hombre de estado. Por esto intentaremos definir la responsabilidad que le compete, en el estudio de nuestra realidad política, derivada, en su mayor parte, del concepto de civilización actual.

Con tal propósito pongamos en examen el problema político de Europa con sus proyecciones mundiales.

Hay dos formas de considerar el proceso político: la que se refiere al idealismo superior, por un lado; y la que constituye, sin la intervención de ideologías trascendentales, de interés más o menos remoto, a la realidad histórica. Podría afirmarse que se sirven de dos lógicas diferentes que sólo tienen ligeros contactos entre sí. Veamos la forma de operar de ambas.

El filósofo desinteresado, sin conexiones directas con la política de su pueblo, no debe y no puede ser, aunque se hayan presentado casos esporádicos de lo contrario, defensor de la guerra. Y más si esa guerra se realiza con los terribles recursos de la velocidad moderna. Desde los más remotos tiempos de la filosofía, el moralista ha luchado por el respeto a la vida humana. Es decir que este respeto constituye una convicción de raíces tan profundas, que es imposible apartar de la consideración de una ética bien fundamentada. Sería ilógico, desde todos los puntos de vista, que él aprobara la matanza de las guerras actuales. Mientras se conserve en la actitud serena y contemplativa de esta lógica, nada podrá oponérsele a su defensa de la paz.

La segunda forma, la correspondiente a la realidad histórica, está determinada por dos factores: el racional superior, en primer término; y el racional obligado a considerar, frente a los hechos determinantes de la

realidad viva, el suceso del presente. En el mayor número de casos, el político se ve imposibilitado de llevar al terreno de la realidad concreta, la aspiración de una ideología superior, porque las fuerzas que lo impulsan a la obra son opuestas a ella. Este conductor de la cosa pública ha aceptado, de antemano, el concepto de nacionalidad, con todas las limitaciones, morales y materiales, que implica. Se presenta para él, en el momento de encauzar un hecho, el conflicto entre los ideales superiores del hombre, en pugna, más o menos abierta, con los intereses inmediatos de su país, que no son, generalmente, los de las otras naciones. Los de éstas, en cambio, bien o mal fundamentados en los principios de la ética universal, chocan contra los que dirige nuestro político. Y de aquí se deriva, dentro de un realismo histórico de hierro, la interminable lucha de intereses nacionalistas de Europa y del mundo entero.

Como se ve, el proceso de esta segunda lógica, que le parece ilógica al contemplativo puro, entraña el imperativo categórico de la acción mediata e inmediata. Si un moralista deviniera, por cualquier circunstancia, en jefe de ministros de la Gran Bretaña, en el mismo instante se vería obligado a renunciar a las doctrinas superiores de la moral, para entregarse, con entera plenitud, a la realidad de la política inglesa. Y es bien sabido de todos, que el poder inglés no se sostiene por la virtud de una moral arcangélica. No hay política más desprestigiada y más dudosa, por lo mismo, que la británica. Si este nuevo jefe de ministros persistiera en sus viejas doctrinas, estudiaría posiblemente el modo de repartir sus colonias, con entera justicia, entre los pueblos que las necesitaran para su expansión racial y civilizadora, que es uno de

los pretextos de dominio con que las naciones fuertes acaparan tierras. Pero una vez en que se decidiera a poner en práctica este justo reparto, no habría fuerza capaz que sostuviera al primer ministro en su puesto.

En consecuencia, el del político es un sér moral diferente al del filósofo, al del cristiano, al del humanista que vela por los mejores destinos del hombre. Maquiavelo es el Sumo Pontífice de la lógica real de la historia. A nosotros, naturalmente, nos repugna la política maquiavélica que también sabe explotar el poderío británico.

En política, la primera determinante es la fuerza. En estos momentos, la responsabilidad histórica del maquiavelismo europeo, le corresponde en un ochenta por ciento al Imperio Británico, por razones que todos conocen. Pero sea de un modo o de otro, la reacción maquiavélica actual contra el maquiavelismo inglés, trabaja dentro de una lógica incontrastable, clara y por todos conceptos, necesaria para la supervivencia del resto de Europa.

Es patriótico y es lógico, desde este punto de vista indiscutible, que Hitler una a la nación alemana, en el puño. Es patriótico y es lógico, que se arme del mejor modo posible. Y que aproveche toda oportunidad para reclamar sus colonias, aun con el peligro de producir una guerra mundial. Es patriótico y es lógico, que Mussolini conquistara a Etiopía. Y lo es asimismo, que haya jugado con la habilidad británica, hasta reducirla a las condiciones de renunciamiento en que hoy se encuentra. Y es tan lógico y tan patriótico todo esto, como el hecho de que las izquierdas, armadas del terror, hayan querido burlar a las derechas.

No sabríamos qué terrible condición embargaría hoy a Italia y a Alemania, si no hubieran reaccionado frente al poderío inglés, en la forma en que lo han hecho. Los sacrificios realizados para conseguirlo, han sido duros. Pero su necesidad los justifica frente a la lógica férrea de la realidad histórica.

El gran conflicto europeo, que ha escrito el mayor epílogo de armamento que se conoce en el mundo, viene a constituir, desgraciadamente, otra fuerza determinante que se está reflejando, de inmediato, en todos los países del orbe. No es ni antipatriótico ni ilógico el hecho de que los Estados Unidos armen a la democracia hasta lo indecible, para no ser postergados por el poderío europeo. Y esta es la forma que usa la realidad histórica para imponerse en todas partes; y no sólo en Alemania e Italia. Si los Estados Unidos del Norte estuvieran en el mismo caso de Italia, tendríamos hoy al simpático presidente Roosevelt, transformado en un Mussolini imperial; y haciendo sangrientos discursos contra el romanticismo democrático.

Esta explicación viene a poner las cosas en su lugar. El filósofo de la historia, en cuanto juzga hechos, debe hacerlo en el terreno en que ellos se realizan. Y dentro de las circunstancias en que ejercen su imperativo histórico. De otra manera se colocaría fuera de toda realidad.

Esto no quiere decir que estemos satisfechos de que las fuerzas concretas hayan construído, con el material que dan los hombres maquinizados, a las naciones máquinas contemporáneas. Ni quiere decir tampoco, que aceptemos como un acierto de esta estúpida civilización, el actual estado de cosas. ¡Pero qué vamos a hacer ante esta impiedad, ante este egoísmo individual y nacional,

sumergidos como estamos—y hoy más que nunca por conducto de la velocidad que todo lo ata al destino común del mundo,—para detener el torrente de la realidad histórica!

Profundos motivos producen estas dos lógicas necesarias al desarrollo interno y externo del hombre, para que el pensador serio estudie la validez de las ideas superiores y los actos de la vida pragmática, independientemente de los partidarismos políticos de cualquier orden establecido. No se le suponga adicto a la idea de límite de una posición política dada. No es capaz de someterse a ella, aunque en el fondo la justifique con toda amplitud. El sabe que los grupos sociales aparecen como las diversas especies de plantas y de animales. No obstante, sabe también que no existe sér alguno que represente, por sí mismo, la idea de totalidad que busca. Por esto mismo su filosofía se abre a todas las posibilidades, puesto que el infinito las ofrece sin cansarse nunca. Ni sistema filosófico ni partido alguno, son capaces de someterle. Y menos aún, en lo que respecta a la realidad política, porque no hay nada más relativo a las circunstancias de medio y de tiempo, que la acción social. Su posición es más bien la del crítico que analiza la hora y el pedazo de tierra en que discurren los sucesos históricos para repartir las consiguientes responsabilidades. Sabe que Stalin es un símbolo de la realidad rusa, en devenir continuo, que empezó por un programa comunista y ha terminado por algo muy diferente a ese programa: por una dictadura, tanto o más recia que la de Hitler o la de Mussolini; por algo que deseara parecerse a una democracia con marco de hierro, en que el socialismo discurre sin saber cristalizarse en sus propias tendencias.

No ignora que mientras esta realidad se desenvuelve, en forma tirante y cada vez más indefinida, en la estepa rusa, el comunismo extranjero, sometido a las diversas realidades de otros países, es tan parecido al ideal de Lenin, como se asemeja una ostra a un elefante; y tanto a la acción que ejecuta el actual dictador ruso, como un pedazo de mármol a una mesa de comedor. Y no lo piensa con sarcasmo ni con piedad: la lógica histórica es la responsable de tales fenómenos. Por eso mismo, aunque justifica del mismo modo la intolerancia de los ingenieros de barricada, siente viva repulsión por la intolerancia que emplean los pueblos para moverse en su historia política. No puede, no quiere, no debe someterse a los dictados del hombre máquina moderno, que trabaja en el odio del límite, en la circunscripción egoísta y misérrima del límite. Y si esto es así en cuanto a las ideas máximas se refiere, con mayores motivos, en lo que atañe a la vida casi automática del hombre de ciencia y del político contemporáneos.

Su papel es, en su mejor parte, mediato: trasciende la limitación de la hora actual. Es el hombre que hace el balance histórico, no sólo en presencia de un cuadro de síntomas, sino frente al desarrollo completo de una realidad cualquiera. Y por tal circunstancia, cuando el hombre límite o máquina, grita en la calle, odia en la calle y se contradice en la calle, tiene el valor de esperar la hora de un sereno análisis que lo ha de situar dentro del campo sintético de una realidad esencial.

El cientifista y el peón de la barricada, quisieran transformarlo en carne de cañón. Nada más absurdo que pretenderlo.

La actitud descrita del hombre máquina que todo lo quisiera maquinizar a su paso, procede de la ciencia moderna porque es ella la que exige, en sustitución de una realidad superior, la del hecho tangible del laboratorio o del campo de batalla político. Confunde, de esta suerte, la realidad externa, cuyos límites desconoce como cualquiera otro, con la interna. Y ha difundido semejante mistificación, en todas las clases sociales, hasta lograr que éstas se muevan maquinamente, al calor del escepticismo, del pesimismo, del materialismo, hacia la acción deprimida que nada crea y todo lo destruye.

Tal es la contribución del cientifista actual, en la obra ya acabada del hombre máquina.

Hemos visto y comprendido en qué forma se ha industrializado el arte moderno, poniendo al servicio de sus apetitos bancarios, los recursos de la velocidad. Además, de qué modo la ciencia ha construído la máquina individual y la nacional, en cuanto compete a sus posibilidades. Ahora analicemos los orígenes filosóficos de la mecanización de la época porque, aunque no lo parezca en múltiples oportunidades, a todo hecho lo precede su correspondiente actitud filosófica.

En lo político, por ejemplo, el materialismo histórico ha tenido una influencia filosófica enorme. El abuso de cierta filosofía romántica, ha sido pretexto para que el materialismo llame la atención sobre la importancia de abandonar la ideología abstracta, incondicionalmente, a cambio de una pragmática que sólo acepta la validez de la tangibilidad directa de los fenómenos. Este prag-

matismo que nació en la obra de Kant y se extendió en la de James, se ha reducido, en la concepción materialista de la historia, a la idea extrema de la utilidad ordinaria de las cosas, como si lo útil fuera tan sólo el alimento que se absorbe. Ni siquiera toma en cuenta el más amplio y más real que acepta todo género de actividades humanas, internas como externas, capaces de ser aprovechadas en los diversos géneros de la acción. Con este impulso hacia la realidad, única para ellos, que le han dado los materialistas a su ideología pragmática, en su deificación del hecho que se toca y del manjar que se come, han logrado la conquista de trasmitirle al acto político, una intención económica que le hacía falta. Pero, en cambio, han triturado en las masas las tendencias teleológicas que imprimen capacidad moral a la vida. El hombre, para ellos, no es otra cosa que un animal económico. Y con este recurso limitado, sólo han conseguido ponerle frontera a las actividades superiores del hombre, que han querido liberar con él. Persiguen la libertad y no encuentran más, en el fondo de un foso oscuro, que la cadena. Quieren la justicia tangible y no determinan más que el odio de clases. Desean proteger al hombre desamparado y le suprimen el amor de la familia, tan hondo y tan primitivo como la especie. Aspiran a una ideología humanitaria para el pueblo y le restan su esperanza en lo divino, su fe en las conquistas superiores de la inteligencia. Desconocen toda pragmática de la conducta que se fundamente en la verdad inefable del mundo, reconocida desde Pitágoras hasta Leibniz; desde Leibniz hasta Bergson. No saben que no podrá confundirla ni el caballero privilegiado que estruja a sus peones, ni el contumaz motinero de la plaza pública. Ni el opresor que explota

en nombre de su sangre, ni el oprimido que mata invocando el de la justicia que reclama. Porque, más allá de la realidad externa que tanto fascina al materialista histórico, se aloja el secreto del dolor de vivir; y el misterio entero de la hazaña dramática de la existencia.

La filosofía del hombre máquina, al contrario de lo que pide la velocidad contemporánea, ha reducido los límites de la concepción del mundo. El principio de la vida es una materia que no conoce. Su desarrollo, un engranaje en movimiento de energías automáticamente mecánicas, cuya virtualidad ignora. Su destino final, la muerte. Ante este cuadro desolador, no sólo por el círculo que reduce en él hasta la miseria toda esperanza en el misterio máximo de las cosas, sino además porque se nos presenta sin explicaciones que nos satisfagan, el amor por los grandes principios de la fraternidad cristiana, degenera en odio, en soez insulto, en intolerancia, si los oprimidos lo viven. En orgullo externo, en impiedad, en desmesurado afán de lucro, en desprecio por el humilde, en apetito de dominio, si los opresores lo sufren. La diferencia entre estas dos especies de hombres mecanizados por la filosofía positiva, está en la diversa colocación que adoptan, por destino o por impulso propio, frente al interés de la materia, traducido en ánfora de cristal, por unos. En escudilla de madera o en alojamiento de paja, por otros. Figulina de barro o piso de abandonado pesebre, sin más aditamento que el ligero gusto de poseer la una por la simple vanidad de poseerla. O el de dormir, muriendo de frío en el otro, con la nostalgia del lecho de rosas de la cortesana; o del jardín

de la princesa que ya tampoco sabe suspirar por el encanto de las anémonas. No nos interesa este romántico suspiro de ayer, que envidia el humilde. Nos desasosiega que el filósofo de la materia bruta lo reduzca a un pedazo de carne que se mueve al impulso del viento. Y que, sin embargo, lo envidie desde el balcón de bronce; o desde las baldosas de la pesebrera. Concluimos, pesarosamente, que esta filosofía de barricada, olorosa a sangre y a pólvora, no puede producir otra cosa que un odio fanático por el Cosmos.

En presencia de estas dolorosas ideas en que se hunde cada vez más el hombre, decimos, postrados de rodillas: ¡Dios nuestro! Ilumina el espíritu de los opresores que explotan al prójimo. Ilumínalo para que se enternezca ante el niño enfermo y desamparado, que muere de hambre bajo la arcada del palacio o en la lejana pocilga de la montaña. Ilumina al oprimido para que se llene de amor constructivo y de piedad por los poderosos que lo oprimen; de inteligencia para que se defienda, con la herramienta, en los campos de labranza. Para que tome el látigo de Jesús en las manos. Ilumínalo para que se haga más culto que sus opresores y sepa, al final de la carrera, hermanarse con ellos; y confundir sus lágrimas con las suyas. Para que vuelva los ojos a la concepción optimista del mundo. Alumbra los pasos del mendigo de belleza y de bondad, que pasea su soberbia y su inconciencia en carros de lujo. O del mendigo de pan, para que encuentre el banquete de eternidad que le hará más fuerte en la lucha cotidiana. Dios nuestro: ¡abrigo espiritual y material para todos! ¡Justicia para todos!

¿Pues qué? ¿Se consigue la felicidad a que es dado aspirar en la vida, con el martirio, con la sangre? ¿Con el maquinismo del animal económico en que se ha transformado el hombre? ¿Con el egoísmo cerrado del límite de partidos? ¿Con la velocidad que se hunde en la sombra?

Debemos enfilarnos en el deseo justo de que todos tengamos derecho al abrigo y al trabajo, a la salud y a la cultura. Los menesterosos de estas dádivas cristianas, visten seda y terciopelo en los castillos. Y harapos en la calle desnuda. Que el hombre mecanizado—carne de mezquindad,—habita y odia y envidia y oprime, en todas las clases sociales. He ahí la obra de esta filosofía materialista que piensa fugaz a lo eterno, alto a lo bajo y bueno a lo dudoso y lo torcido.

No es otra la filosofía de los partidos ideológicos de la época. O de aquellos que aparentan trabajar sin el recurso de las ideas dirigidas. A estos últimos los denuncian sus hechos frívolos, sin trascendencia alguna. Y como forman una mayoría aplastante, han impregnado a la humanidad entera no ya de escepticismo, que constituye una actitud aristocrática de la inteligencia; ni siquiera, en la mayor parte de las oportunidades, de materialismo organizado, que represente un esfuerzo sistemático del pensamiento, sino de sombrío pesimismo, envuelto en groseros placeres y en explotación viciosa de la carne humana. Es fácil por eso, trazar, en breves párrafos, los principios de esta humillante filosofía del hombre máquina.

Puede observarse, en general, que el arte y la ciencia se explotan en la industria, las más de las veces, como simples artículos de comercio. Ha desaparecido, casi por entero, la antigua fórmula del arte por el arte. Y la no

menos honesta y romántica de la investigación científica desinteresada. La filosofía no corre mejor suerte: se ha transformado, en cuanto factor social, ya que los grandes filósofos continúan luchando, aunque en la opacidad del vacío, en grito de combate o en bomba de dinamita. La síntesis es completa para dar idea a la posteridad de cuanto somos, de cuanto queremos y de cuanto esperamos del cielo y de la tierra.

En resumen: ¿cómo se ha formado el hombre máquina contemporáneo? ¿Lo ha construido exclusivamente la pedagogía? (1)

Es cierto que a ésta le corresponde la mayor responsabilidad en la formación de la inteligencia, del sentimiento y del carácter. Pero es un error muy grave el de creer que la escuela debe llevar sola esta carga enorme de la civilización y de la cultura. Viéndolo con justicia, esta responsabilidad creadora la lleva todo aquello que sea capaz de transmitir conocimientos vitales: los políticos son responsables catedráticos. Lo son, asimismo, los comerciantes de la cinematografía. También los artistas

(1).—Metódicamente ha formado la época al hombre máquina. Han contribuido diversos factores en esta obra de mecanicismo civilizado. La escuela, por una parte, atendiendo al desarrollo mecánico de la memoria, como si este fuera el propósito más tangible y más alto, de la cultura. Y es que al redactar los programas con que ha de desenvolverse el trabajo, no se ha calculado el tiempo que requiere la enseñanza del conocimiento funcional. Y por esto, el maestro, que ha de cumplir, exigido por los exámenes, con el desenvolvimiento de una cantidad enorme de materia, no podría, en caso de estar preparado para ello, atender al cultivo de una memoria inteligente, por un lado; y por otro, a terminar la iniciación, la representación y la actualización, que impone el hecho de transmitir un conocimiento integral y orgánico de las cosas. El niño y el joven aprenden, de esta suerte, nada más que la primera etapa del proceso mencionado. Y cuando el estudiante logra terminar su carrera no cuenta, para el ejercicio

de la calle, los escritores, los obreros y hasta los sembradores del campo, porque, a pesar de que son producto, de un modo o de otro, de la escuela, no siempre siguen las ideas que aprendieron en ella. Además en multitud de casos, la política es la que distribuye los puestos al profesor y al maestro, de acuerdo con sus propios intereses, más o menos justificables, y no con los patéticos del mundo pedagógico. Por consiguiente, no se exagera al manifestar que la vida es una escuela mucho más responsable que la otra, en los menesteres de la formación integral del hombre. Otros factores, más grandes aún que los del instante o los mismos de la época, están constituídos por la herencia histórica. Al catedrático se le da en el aula un niño o un joven preformado, en primer término por la herencia histórica; en segundo lugar, por la escuela de la calle y del hogar. Lo que esto significa en la obra de la cátedra, es algo fantástico: equivale a darle al maestro un bloque de hierro para que talle en él, con la punta de los dedos, no una estatua: ¡un hombre! A veces es peor: se lleva al aula una máquina

de sus facultades, sino con los resultados de una memoria que no tiene gran diferencia con un almacén, más o menos ordenado, de simples esquemas iniciales de conocimiento. Llega el instante de la acción y el profesional ignora cómo conectar sus movimientos mecánicos, con los problemas vivos del conglomerado a que ha de servir.

Se dirá que las escuelas nuevas de pedagogía trabajan, precisamente, por realizar los ideales de la escuela activa que aspira al desarrollo íntegro de la personalidad del niño o del joven. Pero los vicios de los movimientos nuevos no hacen más que manifestar el estado de simple ensayo en que ellas operan. Ni siquiera han logrado definir la disciplina que corresponde a los ejercicios libres que buscan, con excesivo optimismo, el desenvolvimiento espontáneo de los discípulos. Y en lo que se refiere a su metodología resulta tan imprecisa como su disciplina.

No obstante, esas escuelas nuevas trabajan contra la mecanización del hombre. Y saben que para lograr buen éxito en este esfuerzo, debe buscarse la personalidad de cada alumno con el fin de derivar de ella,

para que el maestro le ponga alma. ¡Si lo más que podrá hacer con ella es ponerla a rodar!

Por eso el preceptor de verdad, es una persona excepcional, capaz de sobreponerse, al bloque y a la máquina, para realizar entre sus discípulos los preceptos de una verdadera cultura.

Por otra parte, los factores educativos externos no se sienten obligados a pedagogizarse. El filisteísmo no deja campo para eso. La estructura mental del fenicio juzga despectivamente todo impulso de la cultura humana, porque estima, en forma errónea, que una civilización y una educación del carácter y de la inteligencia, no se reflejan en las esferas económicas. No sabe este fariseo, que a la postre no podrá disfrutar de sus ganancias, en un ambiente de traidores, de envidiosos, de calumniadores, de hipócritas y de ignorantes.

Los sociólogos han clasificado, con palabras que ya poco o nada significan a fuerza de repetirlas mecánicamente, la materia formativa del hombre, en estructuras, infraestructuras y supraestructuras anímicas. Los bajos fondos que constituyen la masa humana, contienen el

la conciencia necesaria para que el conocimiento sea en sus manos, una cosa viva.

Se tropieza, además, con grandes dificultades económicas, porque dentro de tales tendencias debería existir un maestro para cada alumno y no todos son príncipes para estar en aptitud de pagarlo.

Esto no quiere decir que los gobiernos carezcan de los medios que se imponen para ensayar, en grande escala, una lucha contra la preparación del hombre máquina. Se sabe porque se ha experimentado más de una vez, que hay maestros de verdad que tienen la fuerza de despertar almas, aunque trabajen dentro de las mayores dificultades materiales. Pero los grandes centros pedagógicos—conocemos muchos de América que producen pésimos resultados—forman elementos muy diferentes que dan la impresión de conocer con cierta amplitud sus materias, pero que, en cambio, desconocen aun los principios más simples de la ética profesional. Es decir que esas universidades nos ofrecen profesores de estado máquinas, débiles de

arsenal preformado, por herencias milenarias, del alma, en lo que tiene de primitivo y de básico. La sociología le da el nombre, a esta trama oscura y profunda, de subestructura social. Y afirma que el suceso histórico es un reflejo abismático de esta caverna. Si el hombre fuera tan sólo una bestia, debemos convenir en que la subestructura es el reino instintivo; y le aceptaríamos al materialista su definición macabra del hombre: «Es un animal de instintos». Pero ocurre que a estas horas ni siquiera sabe el hombre de ciencia que hemos descrito, lo que es un instinto y lo que es la materia que le sirve de base a este instinto. De todas maneras, el cuerpo bruto es hereditario y le tiene simpatía a la preformación del apetito orgánico, que de este modo, constituye, indudablemente, un factor determinante de primer orden. Y es en este sentido en el cual es preciso convenir con el sociólogo en que la infraestructura imprime rumbos al suceso histórico, contribuyendo considerablemente al desarrollo de la vida.

Sabemos, por otro lado, que todas las cosas y los hechos tienen un sentido superior y que nada ocurre,

carácter, perezosos, vulgares en todo lo que se refiere a la idealidad máxima de la cultura. Los alumnos llegan a conocerlos rápidamente; y a poco andar les desconocen la personería del maestro efectivo. Estiman el conocimiento científico que se les trasmite; pero detestan la forma en que se les ofrece. Y exigen un respaldo moral que ponga a andar su ciencia fonográfica, sin resultado alguno.

Pero no sólo América produce tales resultados: la vida en Europa está manifestando claramente, que la preparación escolar es cerrada por lo nacionalista, y mecánica por lo indiferente en presencia de los grandes problemas del alma. Si no fuera así, el forzado salvajismo europeo de la época, se habría trocado en los fines de una cultura sin paralelo espiritual en la historia. Y ciertos pueblos del Asia no son sino un reflejo de esta civilización occidental que amenaza derrumbarse, frente al desconcierto de los espíritus más optimistas del mundo.

inclusive la aparición del hombre máquina, sin un propósito que en la mayor parte de las veces se nos escapa de las manos. Y por ello, nos sentimos obligados a buscar la interpretación del factor instintivo, para transmitirle la validez cultural que tiene.

La caverna del instinto tiene un juez superior que puede sacarle el mayor provecho posible. Si el juez está ciego, la masa infraestructural marchará ciega y formará, sin dirección definida, cuanto le corresponde formar en la historia. Desde el principio de la civilización, este juez superior ha luchado por comprender los bajos fondos de la humanidad. Y puede decirse que unas veces ha sido, en este trabajo, ciego o miope. Pero nunca ha alcanzado la plenitud de apreciación necesaria para disponer de sus fuerzas en beneficio de la civilización y de la cultura. Naturalmente, en un estado de cosas tan peligroso, por lo oscuro, el hombre no ha podido dirigir estas fuerzas internas. Y se ha visto impelido a la convulsión, muchas veces disparatada, de su conducta. El siglo XX no ha hecho otra cosa que recoger la herencia de este pobre ciego. Véase si la modesta pedagogía que vivimos puede abrir los brazos, en media calle, para atajar los destrozos de la máquina moderna. ;

Todo nos está diciendo que el hombre quiere no otra cosa que el poder material, que el dominio grosero de los recursos biológicos de la existencia. Y que la escuela moderna—todo es escuela en la vida: la universidad tanto como el corrillo de las esquinas; los sucesos históricos tanto como las charlas del salón aristocrático—es incapaz de contener las groseras pasiones que agitan ahora a los hombres y a las naciones que forman con su intenso egoísmo.

Esta confabulación de factores eminentemente prácticos, ha constituido el ideal del hombre máquina; el del hombre egoísta, ambicioso, grosero, acaparador, y, en una palabra, inmoral, que mueve al mundo o quiere moverlo como a una simple máquina sin principio milagroso y sin finalidad divina. ¿Pero es el mundo, realmente, tan sólo una máquina? El hombre

El hombre máquina es el resultado de una gran fatalidad de fuerzas oscuras. Veamos si es posible ponernos de acuerdo con el político, con el fariseo de la banca, con el artista de la pantalla, con el músico de jazz-band, con las trasmisoras de radio, con la hoja impresa, con la subestructura social y con la escuela, para cambiarle el rumbo a esta egoísta contemporaneidad.

Lo que deseamos dejar claramente definido es, en sustancia, que la responsabilidad de este doloroso fenómeno actual, es de la humanidad entera. No la de una época aislada: la de todas las épocas. Y que deben estudiar el remedio todos en conjunto. Y suministrarlo todos en conjunto, con el fin de esperar, a través de quién sabe qué número de años, un resultado dudoso, porque los síntomas manifiestos son de un carácter alarmante. Lo que deseamos decir es que es necesario hablar con franqueza, con objeto de que se estimen las cosas en toda la gravedad que representan; y no atribuyamos a un hombre dado, a una clase dada, a un país dado, todo el mal que intenta hundirnos en el vacío. Los partidos y las clases sociales juegan ahora a tener aisladamente la razón. Y no saben, los pobres, que la culpabilidad que nos azora y nos acongoja hasta lo indecible, les pertenece.

actual no lo sabe; y lo que es peor: no quiere saberlo. Sus fines no van más allá de un plato de lentejas, de un cigarrillo y de una copa de vino. Y por ellos es capaz de realizar todas las tragedias imaginables. El hombre máquina, no obstante, ignora que el mundo no ha sido hecho para producir sólo lentejas, tabaco y aguardiente. Hay algo más efectivo que todo esto, en la esencia misma de los objetos; y más acá y más allá de los objetos, que nos hace despreciable la concepción sanchesca del sér. Hay algo más que se escapa a la mirada del sabio enumerador y frío del laboratorio; al análisis, si es que intenta alguno, del libresco erudito de la universidad; a los cálculos de dominio del emperador orgulloso que cifra su orgullo en la pompa de un cetro de oro. Hay algo más que ignoran los hombres máquinas por civilizados que sean, en los arcanos morales del corazón humano. Cosas

Ignoramos lo que podría aconsejar, para una obra de redención social de la magnitud que exige la época, cada especialista en su propio ramo. Pero en materias educacionales estimamos conveniente hacer algunas propuestas de estudio cuyo desenvolvimiento práctico traería notables ventajas.

Estudiando, con algún detenimiento, el valor intrínseco del conocimiento que producen escuelas, colegios y universidades, hemos llegado a concluir que este conocimiento se sostiene, en el mayor número de los casos, por conducto de la memoria mecánica. Además, tratando de explicarnos el motivo por el cual la gente que ha salido ilustrada de las aulas, opera en las cuestiones éticas de un modo enteramente infantil, comprendimos que las ideas deben ligarse, en un largo proceso creador, con objeto de que respondan a funciones internas, y de algún modo, mediato o inmediato, a la actitud ética que les corresponda. De esta suerte, el conocimiento deja de ser frío y se transforma, de imagen simple, en función compleja y armónica de la conducta. Por tanto, la escuela moderna suministra conocimientos quietos, cuando, en verdad, lo funcional debería caracterizarlo todo en los espíritus.

que, no por demasiado oscuras y misteriosas, dejan de influir en los designios más concretos de la humanidad, de la tierra y del cosmos entero. Pero el siglo XX lo ignora y continúa forjando a los hombres del modo que la fábrica hace tanques de guerra, construye acorazados y eleva al cielo tangible el canto de la hélice. Entretanto, el hombre máquina brinda por la materia, sobre un charco de sangre, desafiando miserablemente, con la mano en alto, el secreto que mueve los seres.

La cerebración del hombre máquina no es otra cosa que la memoria deformada en arsenal positivista de guarismos y de imágenes. Las otras facultades anímicas están supeditadas a esta memoria cuando, en verdad, la memoria mecánica, por inteligente que sea en su mecanicismo, debe pasar, en manos del hombre HOMBRE, a la categoría de instrumento. Es decir que

Pensando más aún, en este problema, alcanzamos a determinar que el hombre mecanizado lo es, efectivamente, por ausencia de conocimientos funcionales que eleven, al plano de la acción dirigida, el alimento espiritual de «la escuela», en la acepción universal del término. En consecuencia, a tal cantidad y tal calidad de conocimientos de una disciplina dada, debe corresponder una ética dada, una capacidad de acción relativa. De no ser así, tropezaríamos, como pasa actualmente, con millares de individuos, que ignoran, no sólo como deben comportarse en lo público y en lo privado, sino, además, en lo íntimo.

Los programas pedagógicos, por activos que sean, no toman en cuenta la lentitud aparente que debe emplearse, en la construcción interna de los discípulos. Y de aquí se desprende la ausencia, casi completa, del conocimiento funcional que desean impartir. Adolecen de una bárbara extensión en cuanto se refiere a la cantidad de la materia por enseñar. Y por otra parte, ignoran la manera de sistematizar el proceso que buscamos en el acto de constituir las ideas volúmenes. Los centros de interés aspiran a profundizar el conocimiento de un tópico dado, pero sólo en el aspecto intelectualista, dejando las ideas suspensas en el vacío interior. No se pregunta

el error de este ser egoísta y pasionalmente bárbaro, está en una inversión de valores internos que ha deprimido la dignidad del hombre a los términos más peligrosos que ha registrado la historia de la cultura. Hay que sustituir, por ello, a la civilización, en su papel de fuerza dirigente y ponerla al servicio inmediato de la cultura, con el fin de que la conciencia superior alumbré nuestros destinos de un modo más racional, más equitativo, más eficaz. Sabemos que esta obra no vendrá a iniciarse sin que preceda más de una hecatombe histórica, porque no hay nada más difícil de mover hacia el ideal, que la conformación materializada y salvaje del siglo XX. Y como todo tiene un sentido profundo, esperamos con fe, a la vera del sendero, que los grandes designios del hombre sean salvados, una vez más, sobre horizontes de sangre.

el maestro, después de concluir el estudio de un centro, a qué actitudes sentimentales, emotivas o éticas se conectan los conocimientos adquiridos, ya sea de una manera mediata o de un modo inmediato. La verdad es que ignoran estas secretas alianzas de toda vivencia anímica. Ignoran que se va a Roma por todos los caminos; y a cualquier zona espiritual por todos los rumbos internos, aunque a veces las distancias parezcan inaccesibles. Sostenemos, sin lugar a dudas, que la más avanzada de nuestras pedagogías, se ha quedado muy atrás de las preocupaciones integralistas de los filósofos contemporáneos. En suma: la filosofía de la educación debe preocupar, un poco más, a los pedagogos, si desean conocer, a fondo, los secretos del conocimiento integral.

Proponemos a la consideración del psicólogo educador, los siguientes pasos que da el conocimiento para llegar a constituirse en funcional: 1º: tras la presentación de la materia que se desea enseñar, el alumno obtiene lo que denominamos unidad inicial. Ha aprendido una idea. La memoria la recoge y la cataloga. 2º: Luego, si desea sacarle provecho, la recoge del catálogo y realiza, servido de imágenes, un proyecto de trabajo con ella. 3º: En este tercer paso, el alumno toma el proyecto y dispone las conexiones vivas que ha de tener su aplicación, en la conducta, interna o externa, que sea necesario adoptar.

La idea seca del catálogo ha debido vitalizarse, por medio del sentimiento y de la voluntad, para colmar su destino. Ha debido pasar por una elíptica iluminada, con ese objeto. Pero si no se logra moverla en este sentido, aunque permanezca entera en el catálogo, carece de verdadera trascendencia interior.

El conocimiento pasa, por consiguiente, las etapas que denominamos de iniciación, de representación y de actualización del conocimiento. Ahora podrá ver el pedagogo cuán triste es la finalidad del esfuerzo que se hace por descubrir la personalidad del educando, con el simple recurso de la iniciación, sin proyectarla más allá del casillero muerto de los catálogos. El crítico notará que el hombre mecanizado sólo funcionaliza ideas y emociones comercializadas, esto es, sin contacto alguno con la ética. Y comprenderá también, que la mayor parte de lo que llama el hombre máquina, su cultura, no pasa de ser un drama inmóvil de su catálogo interno.

Nuestra teoría de los tres pasos del conocimiento funcional, reclamará, seguramente, métodos especiales, que es necesario precisar lo más pronto. Pero si no sirve al instante para el efecto de redactar nuevos programas, al menos puede prestar el servicio de punto de partida en la obra de juzgar la mentalidad del hombre máquina. Y también la de la pedagogía actual.

Para que se vea con toda claridad la importancia de estos tres pasos, haga el lector la experiencia de examinar, en sí mismo, sus conocimientos integrales. El lector sabe que no debe tomar bebidas alcohólicas con exceso. Pregúntese ahora si tiene un método particular para combatir, con toda energía, la terrible amenaza de este vicio. Si ha vivido con intensidad ese método. Si lo ha realizado de esta manera, su conocimiento defensivo es funcional. El lector ha aprendido en mil formas, que la costumbre de murmurar contra los otros es mala. ¿Pero lo sabe de verdad? Sabe cosas que se refieren a todos los vicios y a todas las virtudes. Pero, ¿las sabe de verdad? Y si continúa haciendo una verdadera introspección en tal

sentido, llegará a comprender que sabe menos de lo que cree que sabe. Y lo decimos por propia experiencia.

Reflexionando un poco sobre esto, se dará cuenta exacta de los inútiles esfuerzos que hacemos los hombres por cultivarnos, sin conseguirlo verdaderamente. Y justificará la congoja que nos martiriza en el análisis de la civilización moderna. Se preguntará con nosotros: ¿qué remedio tiene todo esto? Nuestro más profundo deseo sería el de que todo el mundo nos ayudara a dar la respuesta. Sea una u otra cosa, le diremos a nuestro lector, en las últimas páginas de este ensayo, en qué consiste el optimismo, tan castigado por la realidad ambiente, que alimentamos en lo que respecta al porvenir del mundo. Optimismo sometido a todas las pruebas, inclusive a la del misántropo, a la del realista, a la del pesimista. Porque en el decurso de nuestras reflexiones sobre el dolor de vivir, hemos enfrentado muchas amargas. Optimismo abierto a todas las sorpresas, porque lo hemos sentido modificarse en mil formas diversas. Optimismo invulnerable ya, a pesar de haber sido hecho y de ser sostenido frente a la máquina de esta hecatombe contemporánea.

El orgullo del hombre supone que la sabiduría humana, limitada por una capacidad apreciativa ínfima, si se la compara con el infinito número de posibles estímulos del universo, es capaz de deducir la suerte cósmica de un átomo. La lógica más rudimentaria nos dice lo contrario: el hombre es finito; el universo, infinito. ¿Puede, la parte—¡y qué parte más pequeña!—explicar los designios del todo? Luego, es imprudente limitar el sentido de las cosas a una concepción materialista o pesimista de la filosofía. Luego, ha de existir, más allá

de los obstáculos y de los sistemas humanos, una razón más honda, más compleja, más elevada de la vida y del sér. Es posible que no sea absoluta la belleza de esa catedral imponente o la de ese antiguo efebo de mármol. Es posible, acaso, que la verdad matemática no sea sino un juego ingenioso de la inteligencia. Que el naturalista no sepa más que engañarse. Que estemos, en fin, alucinados; que no seamos otra cosa que un sueño divino. Pero no es posible que exista esa falta de lo absoluto, esta ausencia de belleza de la columna o del bronce tallado; esta escasez de concisión del geómetra; esta añagaza de la naturaleza, sin quién nos engañe en presencia de la cúpula, de la estatua, del guarismo torcido, de la verdad inasible que se escurre entre los dedos. Si somos un simple sueño, una pesadilla de la Divinidad, un suspiro o una lágrima, entonces hay Dios para soñar, para suspirar, para llorar sobre las imágenes de su fantasía misma. ¡Entonces hay Dios! Y si El existe más allá de la razón de las cosas, ¿lo aceptaremos limitado en forma alguna? ¿O lo negaremos con el materialista? Mejor afirmarlo con el salvaje que lo adora en una piedra informe. Mejor celebrarlo con una danza macabra. Porque, al menos, él lo afirma, a su modo, en su inocente ignorancia; y el materialista lo niega, gozando del espectáculo de la noche estrellada, a plena conciencia de su maravilla, en la plenitud de su orgullosa sabiduría. Y en verdad, si Dios existe, el hombre también, puesto que su realidad es más entera que un sueño y, por tanto, más digna de lo divino. Y si el hombre existe, ha de seguir una órbita, como la estrella, aunque no seamos capaces de palparla.

Somos, pues, optimistas en un aspecto trascendental. Lo somos, sin caer, ingenuamente, en las creencias dog-

máticas y limitadas del filósofo gregario. Sin ver el drama social teñido de color de rosa: antes bien dándonos cuenta exacta de la miseria moral en que vivimos. Somos optimistas porque los pecados del hombre, que es un niño perdido en la amplitud de los cielos, al menos en apariencia, no manchan su propia esencia divina. Porque esos pecados deben tener un hondo sentido de superación, que somos incapaces de precisar por entero. Porque los más graves obstáculos humanos, no son suficientes para detenernos el paso, en nuestro ascenso interior hacia la Divinidad. Lo somos porque, aun negándolo todo o dudando de todo, queda en la oscuridad interna de nuestras almas, una estrella que nos alumbra en el dolor más hondo, en la duda más angustiosa y en la confusión más grande: la fuerza que sufre, la que duda y la que se confunde, sostenida, más allá de la razón humana, por el misterio eterno. Porque hemos renunciado, en cierto modo, a la verdad absoluta del hombre, por el regalo inmortal de la inescrutable de Dios.

Estimamos asimismo, que la filosofía debe esencializarse para ser menos vulnerable, frente a la vanidad de la ciencia; y poder, de esta manera, librar batalla contra el materialismo y el pesimismo que envuelven al hombre moderno, en el trastorno y en la amargura. Y que esta lucha debe entablarse, metódicamente, desde el periódico, la revista, el libro, desde la cátedra y dentro de todas las posibilidades que se presenten. Oponerse al hombre mecanizado es un deber de la verdadera cultura, puesto que las rutas de lo porvenir nos señalan infinidad de victorias que ni siquiera se sospechan. Estamos obligados a preparar el advenimiento del superhombre, que nos elevará hasta la comprensión de planes

que no sólo han de desenvolverse o se están desenvolviendo en la tierra, sino además, en el resto de los mundos habitados. La velocidad en la materia, tanto como la otra, la relativa a la capacidad de comprender con todas las potencias anímicas, que habrán de reunirse más tarde en un concierto no sospechado, nos alejarán del viejo ideal antropocéntrico que niega la existencia vital en el resto del cosmos. Del montón de hierro organizado que representa la civilización contemporánea, de él mismo, surgirá un concepto nuevo de cultura que armonizará, en sutiles formas, las más opuestas aspiraciones de la ciencia, el arte, la filosofía y la religión. Mas, ¿podremos prefigurar, de algún modo, cómo se moverá el hombre de lo porvenir? ¿Qué pensará, sentirá y querrá?

Cada época se asombra de los progresos que ella misma ha alcanzado. Sin embargo, la que sigue encuentra atrasada o salvaje a la anterior. ¿Qué se dirá de nosotros dentro de mil años? Sea una u otra la distancia que nos separe del superhombre, nos estudiará con la curiosidad compasiva con que hoy nos informamos acerca del hombre de las cavernas. ¿Cuáles diferencias esenciales los impulsará a juzgarnos de este modo?

Pensar, sentir y querer: esto es cuanto hemos descubierto de nosotros mismos. Pero nuestra cultura ha sido realizada por siete décimas partes de intelectualismo sistemático; por dos décimas partes de sentimiento organizado; y por una décima de voluntad dirigida técnicamente. Estamos seguros de que si la proporción de este reparto no está bien hecha, cualquiera que se proponga en forma más cercana a la realidad, tiene, a la postre,

que resultar con un sensible desequilibrio. Cuanto conocemos de la armonía, extraído de fuentes griegas en su mejor parte, corresponde al equilibrio intelectual, casi exclusivamente, a pesar de que el arte helénico se elevó a tan finas esferas de la sensibilidad. La razón lo dirigía todo en La Hélade. Y esta fué la dote que le otorgó al mundo occidental: racionalismo, envuelto en preceptivas estéticas. Y Europa continuó ideológica hasta la hora actual. El superhombre, al juzgarnos mañana, lo hará desde puntos de vista esenciales; y habrá de sorprenderse de la exclusividad intelectual de la herencia griega. Nuestra ignorancia de las ideas volúmenes—idea racionalista estremecida por el sentimiento y dirigida por la voluntad—le servirá de plano de análisis de nuestros caracteres históricos. Su conocimiento funcional íntegro, atento, por análogas partes, a lo científico, a lo artístico y a lo moral; su capacidad cognoscente, multiplicada de esta forma hasta esferas incomprensibles para nosotros; su acción nítida y fácil hasta lo indecible, le servirán de apoyo para explicarse nuestra sorda pereza, nuestra escasa capacidad de interpretar, en movimiento ascendente, los motivos cósmicos. Para explicarse nuestro materialismo y nuestra holgazanería espiritual. Los filósofos contemporáneos, con sus despaciosos brincos de un extremo a otro, antes de llegar a la síntesis de los contrarios, le harán sonreír piadosamente, lo mismo que los poetas que hacen épica con nuestras guerras inexplicables. Y lírica nada más que bajo el influjo de la sonrisa o de la mirada torpe de una mujer. Los sabios, constreñidos a la observación sólo intelectualista y a la simple medida y enumeración de las patas de un insecto o de los pétalos de una flor, se le antojarán presa de una

infantil imbecilidad. Porque la forma de conocer será la muralla que nos separe del hombre futuro. El habrá roturado los límites internos de nuestras facultades y las habrá hecho corresponderse, de modo recíproco, dentro de una fórmula panmusical y vertiginosa en sus efectos anímicos. Dentro de su espíritu, exento de rincones oscuros, de catálogos muertos, de inconclusos alineamientos de cosas y de hechos internos, la imagen de nuestro hombre mecanizado aparecerá como un fantasma retrollevado al corazón de la selva.

Se admirará el superhombre de que en el siglo XX no se conozca nada más que una lógica: la racionalista. De que no fuera capaz de descubrir este siglo, con entera precisión, la lógica sentimental. De que no descubriera, en forma análoga, la razón de la voluntad, con sus vastas correlaciones de impulsos dirigidos técnicamente. Y comprenderá que no estábamos preparados para el raciocinio integral, puesto que no es posible dominar el conjunto sin el concurso del conocimiento de las partes. Encontrará que los enormes vacíos de nuestra ideología filosófica, científica y moral, corresponden a una tan vasta ignorancia de los poderes humanos. Se extrañará de que desconozcamos la forma de transmitir nuestras ideas, nuestros sentimientos y nuestros deseos, sin el recurso de la palabra, a cortas o a largas distancias. Estudiando este fenómeno, lo justificará por nuestra desidia en la concentración sistemática y honda de nuestros poderes internos. Y, por tanto, también comprenderá, por lo deleznable de nuestras prácticas meditativas, que no hayamos sido capaces de despertar, siquiera en mínima parte, nuestro sexto sentido. No podrá menos de compadecernos por la privanza intuicional de semejante arma

de lucha: por no haber sido aptos de prever sucesos de lo porvenir con su concurso; por no haber trascendido el presente euclideano en la visión dimensional, al través del tiempo, de multitud de dimensiones objetivas y de escorzos internos. Porque todo esto habrá sido conquistado por él, perfeccionado por él, dentro de un concepto nuevo de la realidad cósmica. En el estudio de nuestro vocabulario, tropezará con palabras cuyo sentido plano y presental, habrá de antojársele microorganismo mil veces superado, de su propia grandeza. Hará un gran esfuerzo por concebir, repitiéndolas, las ideologías filosóficas del escéptico, del materialista, del pesimista contemporáneos. Y sólo encontrará las raíces de luz correspondientes a su propio árbol cultural, en la ética cristiana y en nuestra idea, pequeña y débil, de la divinidad.

Queremos decir que el superhombre estudiará nuestra historia con una pena mayor que la sufrida por nosotros en el análisis de las más antiguas actitudes del hombre. Es que la cultura marcha en progresión geométrica y los mil años que nos separan del advenimiento del superhombre, equivaldrán a la época comprendida entre la aparición de la Atlántida y el siglo actual. Lo que hemos avanzado en los últimos treinta y ocho años de civilización, es mucho mayor que el progreso obtenido en los cuatrocientos anteriores. Los mil años posteriores a esta fecha, descompuestos en etapas de veinticinco y en el caso de que la progresión no fuera geométrica, serían equivalentes, si representaran estas etapas sólo doscientos años de cultura antigua, a OCHENTA MIL AÑOS. Se pueden calcular los innumerables recursos de que dispondrá este filósofo, artista y científico integral, en el año tres mil.

Las posibilidades del infinito son, por contextura propia del infinito, infinitas. Ninguna cosa por difícil que nos parezca, es imposible a la par de una grandeza tan inexplicable como la del universo. ¿Qué de imposible tiene, finalmente, que el hombre se trasmute hasta la complejidad del superhombre? Si hemos progresado; si somos capaces de trasmutarnos del modo que todos conocemos; si del hombre salvaje a Descartes hay el espacio tan grande que los separa; si de la cueva prehistórica a la catedral de San Pedro en Roma hay una diferencia que toca en los linderos de la sublimidad, ¿qué de raro hay en que de nosotros al superhombre exista un abismo? ¿Que de nuestra filosofía, sujeta por la doble cadena de los opuestos, a la del superhombre, pueda llegar a existir un cambio de actitudes que trascienda sobre nuestros sistemas lo más alto que hayan concebido?

Es indudable que esas mismas lógicas que le hemos supuesto al hombre de lo porvenir, posean técnicas diferentes a la de Aristóteles o a la de Stuart Mill. Y que mañana se sirvan de ellas, de un modo tan diferente, que nuestra sabiduría contemporánea quede empuñada para el superhombre, hasta lo microscópico. ¿Esta sola posibilidad no nos hace más tolerantes con las ideas de los otros, con el partido ideológico que se nos opone, con La República de Platón o con la de Maquiavelo? Por esto creemos que una de las virtudes más altas, aunque más extrañas, de nuestro espíritu, es la tolerancia filosófica cuando se inclina toda la modestia de que es capaz el hombre, ante las infinitas posibilidades que se nos abren en el universo.

¿Se imagina el lector una estética colocada más allá del bien y del mal; o más allá del más allá del bien y

del mal? Una de estas dos estéticas o las dos juntas, serán las que trasciendan la contemporánea, en las manos del superhombre. Las obras maestras del arte actual quedarán catalogadas en los museos futuros, en calidad de simples documentos históricos. Se parecerán tanto a las del superhombre, como la choza de hojas de palmera, a la Catedral de Nuestra Señora de París. ¿O es que hemos vivido, por ventura, en comparación con la eternidad, algo más que un segundo de civilización o de cultura?

Los inventos de la ciencia moderna que hoy nos asombran, equivalen al antiguo hallazgo del elemental principio de sustentación, si se relaciona con la compleja sabiduría del arquitecto moderno. No obstante, para algunos visionarios la comunicación con las estrellas habitadas, no es un capricho de la fantasía. Habrá de conseguirla, con la audacia empleada hoy para dominar el aire con la hélice, por nosotros mismos, el superhombre. La ciencia obtendrá, con sus viajes al cielo, una inmersión incalculable de conocimientos que no hay manera de sospechar. Todo esto indica que la vida universal se agita en una palpitación milagrosa de sabiduría divina, que no podrá medir hombre alguno, por imaginativo que sea y por inspirado que sea.

No hay para qué hablar de la capacidad de dominio que tendrá el superhombre sobre el mundo externo, empezando por la que habrá de ejercer sobre el cuerpo humano. El Esculapio del año tres mil tendrá vencidas a las enfermedades en forma tan cabal, que dedicará su esfuerzo tan sólo a la regulación de las funciones biológicas. Por impulso de las circunstancias, se dedicará, con todos los recursos de la ciencia, al embellecimiento

del cuerpo humano. Es decir que llegará a transformarse en un artista y en un filósofo. De esta manera, el superhombre, cualquiera que sea su profesión, abarcará, integralmente, la sabiduría de las otras, asumiendo el carácter totalizante de las ideas volúmenes. No habrá en esa época el mutilado especialista de la nuestra, que se apoya en su disciplina, no sólo para despreciar las otras, sino además para ignorarlas. Así habrá desaparecido en el año tres mil la desarmonía de los gremios. El hombre humanista, cuyo esbozo encontramos en Miguel Angel y en Leonardo, habrá colmado ampliamente sus formas de estatua viva. Por esto habrá de considerarse el fanatismo contemporáneo, como una de las más pobres aberraciones de la vieja cultura. Esta facultad de comprensión de los otros, hará desaparecer, naturalmente, los pretextos del odio y de la guerra. Cada superhombre será tanto más completo, cuanto más resuma la idealidad superior de los otros. De tal modo la envidia, el rencor, la hipocresía, serán considerados en calidad de fases del salvajismo antiguo. La criminalidad del año tres mil consistirá en el simple hecho de alimentar alguna de estas formas de la inferioridad ética y bastará reconocer el delito de algún modo colectivo, para castigarlo atrocemente. Queremos decir que la pena consistirá en el simple remordimiento propio de la falta cometida. Será regulado el placer en función de la gracia espiritual; y el descanso lo mismo.

El dominio material de la tierra, del mar y del aire, llegará a tal punto, que el superhombre disfrutará del goce de estos elementos en inconcebibles direcciones, gratas, más que nunca, al análisis de la ciencia y a la síntesis cosmogónicamente emocional, de la filosofía y del arte. Los ruidos de la máquina moderna se habrán transformado en sinfonía etérea que todo superhombre estará en aptitud de regular a su gusto, de acuerdo con

la índole de su trabajo, que en el fondo no será otra cosa que un modo de ponerse en contacto con las verdades eternas. La ciencia, la filosofía y el arte, en sus relaciones con el mundo externo, dejarán de particularizarse en el espacio próximo y en el tiempo próximo, a fin de producir el disfrute más grande en los deleites superiores de las síntesis más condensadas. Y se recordará con lástima piadosa, que los inventos del siglo XX fueran acaparados, casi exclusivamente, por la voracidad del comercio y de la guerra. Las necesidades orgánicas del superhombre, se habrán reducido al *mínimum*. Y las facilidades para satisfacerlas, al *máximum*. No habrá, por ello, lucha social de ninguna especie. Y sólo podrá inclinarse el año tres mil, en sus estudios de historia antigua, frente a los resplandores inmortales del Gólgota.

Una de las características más alarmantes de nuestra época, producida por la ampliación sin fronteras que ha conquistado la velocidad, es la que se refiere a la reducción de las zonas y del tiempo de influencia, que los grandes hombres ejercen en ella. Sin el concurso amplio y sostenido, de los directores espirituales, la humanidad, dispersa y multiplicada hoy como nunca, crece en un caos espantoso. La consecuencia directa del fenómeno es el hombre máquina que hemos estudiado, a grandes rasgos, en este minúsculo ensayo. Y sabemos, por otra parte, que el hierro moral y el material no pueden escuchar órdenes ni asimilar sugerencias. El predicador del desierto vive hoy en su propia casa: el arenal desnudo y sombrío, de los tiempos modernos.

¿Podremos aspirar, en consecuencia, a que se nos escuche este mensaje de amor para todos? ¿Conseguiremos que el fanático ideólogo de este o aquel partido,

de esta o de aquella clase, se ponga a meditar un instante sobre el peligro que nos envuelve, si no tenemos, ni siquiera, el prestigio necesario para hablar con autoridad en el tumulto? Sabemos de antemano que no seremos escuchados por ningún hombre gregario; por ninguna rueda y por ninguna hélice de esta máquina informe. Pero nos queda el recurso de haber dicho, sobre todas las fronteras de la acción y del pensamiento humanos, la piadosa palabra que habría, si fuera escuchada, de detener al discípulo distante o al amigo cercano, frente al dogmatismo de la vorágine. Nos queda la esperanza de ser escuchados por dos o tres hombres. Y de justificar, dentro de la estrechez a que estamos sometidos fatalmente, el esfuerzo de haberla pronunciado. Porque ahora queda tiempo para leer al escritor, para censurarlo, mas de ningún modo para examinar sus ideas y darles la beligerancia que reclaman. Y es que el hombre gregario está preparado, de antemano, para no juzgar nada serenamente: así funciona el autómatas.

Para el siglo XX no hay más ideas que las destinadas a impulsar el estallido de la bomba. Las otras se han confinado, con el místico o con el metafísico, a la isla del silencio. Sin embargo, los mismos movimientos sociales proceden del místico y del metafísico. Esto quiere decir que mientras la acción moderna se agita epilépticamente, las ideas callan en sus viejos castillos. Esto significa que se impone una revisión desapasionada de la ideología que actúa, frente al renacimiento de otra, más enérgica que ella. La confusión sangrienta que existe en todo, la impone. Nuestro mensaje se reduce a decirlo en los rincones desolados del arenal, con la esperanza única de que el viento lo lleve a perderse de tumbo en tumbo, en los vacíos de la montaña desnuda. Nuestro mensaje es, por eso, un grito lanzado en la desesperación del tumulto. Ahora sólo deseamos ponerle punto final al ensayo, con una lágrima.

Tomo 68. Vincenzi Moisés Biog.

Literato costarricense contemporáneo y crítico filosófico, es hoy uno de los valores intelectuales más sólidos y firmes de la América española. Su gran cultura, la originalidad de su pensamiento y elegante estilo, prestan a su producción verdadero interés, habiendo sabido encontrar, además, una interpretación muchas veces justa de los problemas que enfoca. Mencionaremos entre sus obras: «Mis primeros ensayos» (San José, 1916); «Aticismos tropicales», «Aforismos de arte» (1918); «Principios de crítica». Roberto Brenes Mesén y sus obras (San José, 1918); «Valores fundamentales de la razón» (San José, 1919); «Paulino y Suetonio» Metafísica de la unidad (San José, 1919); «Voces lejanas» (San José, 1920); «Diálogos filosóficos»; «Crítica trascendental»; «Caracteres americanos», libro en el que Vincenzi preconiza una confederación de Estados hispanoamericanos, como medio de contrarrestar el peligro de absorción por los Estados Unidos (1926); «Principios de crítica filosófica», en el que desarrolla interesantes problemas de crítica filosófica, enfocando preferentemente el estudio sobre temas clásicos y tradicionales a través de interpretaciones y exégesis de autores modernos (1928); «Mi segunda dimensión», en que expone una teoría muy original (San José, 1928); y «Atlante», novela (San José, 1928).

Tomo 10 del Apéndice. Vincenzi Moisés. Biog.

Literato costarricense, nacido en Tres Ríos el 3 de Febrero de 1895. Se ha dedicado a la enseñanza y a la investigación filosófica, habiendo servido la cátedra de lengua castellana en el Liceo de Costa Rica, en el Instituto de Alajuela y en el Colegio Superior de Señoritas de San José, como también en la Facultad de Ingenieros electricistas y en la Nacional preparatoria de México. En 1928 hizo un viaje a Europa. Aparte de las obras ya mencionadas en la correspondiente biografía, se le debe: «América Libertada» (1923); «Metodología de la composición» (1929); «Preceptos» (1926); «Formas» (1927); «La Rosalía», novela picaresca (1930); «Voces Lejanas» (1921); «El caso Nietzsche» (1931); «Principios de crítica» (1932); «La Enseñanza literaria del idioma» (1933) y «La Nueva Razón» (1932).

Resumen en tres tomos de La Enciclopedia Espasa, Vincenzi Moisés:

Literato costarricense contemporáneo. Por su cultura, originalidad, elegante estilo y talento vario, es uno de los más sólidos valores intelectuales de la América Española.

En 1924 fué nombrado Vincenzi, por el Gobierno del Lic. Don Ricardo Jiménez, Cónsul General de Costa Rica en Cuba, puesto que sirvió durante corto tiempo. Ya en 1922, el General Obregón lo había nombrado Cónsul de México en Alajuela, Costa Rica. El año 24 dejó el puesto.

En 1928 entró a formar parte del comité France-Amérique, con motivo de su viaje a Francia.

En la tercera administración del Lic. don Ricardo Jiménez, dirigió La Escuela Costarricense, revista pedagógica de la Secretaría de Educación Pública. Permaneció dirigiéndola, cuatro años.

En 1936 se le hizo miembro correspondiente de la Academia de Altos Estudios de Rosario, República Argentina.

Pertenece al Ateneo de Costa Rica y al de Honduras.

En 1938—enero de este año—se le nombró Miembro Correspondiente de la Academia de Lengua Castellana, en sustitución del eminente Lingüista costarricense, Profesor don Napoleón Quesada.

Y dirigió la Escuela Normal de Maestros de El Salvador, desde el principio del año 1937 hasta 1938 inclusive.

En sus narraciones se aparta del reducido cuadro de la patria, Moisés Vincenzi, filósofo y literato. Sería difícil separar en él una de otra estas condiciones: en lo que escribe con intención literaria asoma el filósofo, y en toda página de dominante sentido filosófico resplandece el literato. Tiene el don del análisis reflexivo, hondo, trascendente; pero no pocas veces se muestra propenso a los raptos y entusiasmos repentinos, y entonces encuentra la frase cálida para la alabanza generosa que exalta los méritos ajenos. Tiene extraordinaria aptitud mental: pasa con admirable facilidad y felicidad de su novela picaresca, al modo arcaico, La Rosalía, a la psicología, de corte y tendencias modernos como Pierre de Monval y La Señorita Rodiet, sus últimas creaciones.

Autores: *Rogelio Sotela y Napoleón Quesada*

Tomo 33, Nº 6 del Repertorio Americano.

Mi estimado amigo:

¿Qué cuál es mi opinión acerca de su personalidad moral? Lo conceptúo un hombre bueno, a carta cabal. A menudo los hombres vivos son malos; y tontos, los buenos. En Ud. pasa lo contrario; a su notable y cultivada inteligencia se une un natural bondadoso que no lo dejará cometer ninguna mala partida. La confianza que se ponga en su carácter estará bien puesta. Ese es el juicio que he formado de usted a lo largo de los muchos años de conocerlo.

Su afmo. amigo,

Ricardo Jiménez,
Expresidente de la República

«Elogio el valor moral, la modestia, la honestidad profesional y las capacidades intelectuales de Vincenzi».

Julio Acosta.
Expresidente de la República.

Mi querido Vincenzi:

Cuando me enteré, días há, que Ud. se marchaba a El Salvador a tomar la dirección de una Escuela Normal, sentí gran pesar por lo que a Costa Rica significa su ausencia; pero me alegré muy mucho por esa

república querida, que iba a ganar para su educación pública un elemento tan apreciable. Nada digo de su figura intelectual, conocida allende los mares, porque mi juicio carece de valor en ese sentido y me he limitado a leer con sumo interés y hasta con entusiasmo, sus producciones de pensador y de novelista al modo de Mann. Pero sí puedo calificar, por el largo conocimiento que tengo de su persona y de sus virtudes de hombre, que si el primer deber del educador es enseñar con el ejemplo, El Salvador ha conseguido, al emplearlo a Ud. en ese importantísimo ramo de la Administración, un maestro de maestros intachable y superior.

Cleto González Víquez
Expresidente de la República.

«El vigoroso Vincenzi».

F. García Calderón.

«Vincenzi manifiesta la serenidad de un intelecto unigénito en los profusos trópicos».

J. Santos Chocano.

«Moisés Vincenzi es un dialéctico formidable».

Fed. García Godoy.

Vincenzi, noble guerrero en la campaña para rescatar de la barbarie al mulatismo que impera en nuestra América; continuador, por tanto, de la obra de Bolívar. Con el cariño fraternal y la admiración sincera de,

Salomón de la Selva.

«El caso de Vincenzi, como escritor, es único en Centro América».

Carlos Wylá Ospina.

«Vincenzi, el innovador en Filosofía, espíritu audaz muy de nuestro tiempo».

Eugenio Noel.

«A Vincenzi le place andar por las cúspides, oteando vastos horizontes».

R. Brenes Mesén.

«Su último libro, «Diálogos Filosóficos», es un gran libro, fuerte y armonioso».

Emilio Gaspar Rodríguez.

«Lo que he consultado de su obra, el diálogo de Paulino, es un esfuerzo gigantesco que alcanza en veces a hacerlo pensar a uno fuera del plano de la ideación normal, sugiriendo una esfera lejana, como el eco de apartadas y aún incógnitas regiones de la psiquis».

Dr. Luis López de Meza.

Julio Cejador, en el tomo XIII de su «Historia de la lengua y literatura castellanaz», coloca a Moisés Vincenzi entre los críticos y otros prosistas de la lengua. Aparecen en esa sección V. García Calderón, Ricardo Rojas, Alfonso Reyes, Armando Donoso, Julio Casares, Gonzalo Zaldumbide, Amadeo Almada y otros eminentes escritores.

«El domingo en la mañana estuve con Francisco García Calderón. Es un hombre superior, serio, a quien la vida diplomática, cosa extraña, no le ha dado ninguna pedantería».

«Recibió tu «Crítica Trascendental». Ve en él la presencia de un talento vigoroso, fuerte, que trajina con el pensamiento con una gran facilidad. Creía que fueras un hombre de unos cuarenta años». (¿1926?).

De una carta de

León Pacheco.

«¡Cuánto celebro, Vincenzi, su obra de joven maestro!»

Gonzalo Zaldumbide

«Vincenzi: tiene Ud. una inteligencia clara, fuerte, audaz y apta para desenredar las más intrincadas cuestiones de la Metafísica».

Ibérico Rodríguez.

Su libro, «Crítica Trascendental», podría hacer las veces de un breviario para la juventud. «Un libro hermosísimo».

Soiza Reilly.

«Su «Crítica Trascendental» tiene un amplísimo y espiritual interés».

J. M^a Chacón y Calvo.

«Caracteres Americanos», libro a la vez de poeta y de filósofo, de una extraordinaria belleza de forma y una admirable hondura de fondo».

Juana de Ibarbourou.

«El porvenir de Vincenzi interesa a justo título, a la causa del pensamiento en América».

Guillermo Vargas.

«Que nos baste con decir que además del interés de la tesis fundamental, el libro contiene una infinidad de sugerencias, un derroche de

atibos que, por sí solos, bastarían para destacar la figura de Vincenzi como uno de los más libres, penetrantes y atrevidos pensadores del Continente».

José Vasconcelos.

«He leído—¡con cuánto sincero júbilo!—y, naturalmente, con especial interés, su artículo sobre José Vasconcelos. Hay algo de él en usted o algo de usted en ese hombre admirable».

J. Torres Bodet.

«En «Caracteres Americanos» hay materiales valiosísimos para las construcciones de mañana».

Manuel Ugarte.

«...bella y sólida prosa, la de «Caracteres Americanos», de hombre avezado al comercio de las ideas».

B. Sanin Cano.

«Vincenzi ha dado, como dice Blanco-Fombona, uno de los mejores libros Americanos de nuestra época». Refiérese a «Caracteres Americanos».

F. B. Visillac.

José Vasconcelos dedica la conferencia que dió en Viena, sobre el «Nacionalismo en la América Latina», a Moisés Vincenzi.

«La prosa de «Caracteres Americanos» es ya algo definitivo en América, y las páginas en que glosa el libro de Mediz Bolio en la «Tierra del Faisán y del Venado», no tienen otro par que las de Graça Arana, el el magnífico brasilero».

Manuel A. Amiama.

«En cuanto a usted, nos presta un servicio valioso, revelándonos a nosotros mismos, tan desatentos, de cuánto somos capaces.—Y otro: elevar la crítica a la categoría de ciencia—».

A. Masferrer.

Muy distinguido señor:

Gracias por el envío de su lindo libro «Aticismos Tropicales». Me ha recordado mucho los «Pájaros perdidos» del gran poeta Tagore. Hace sentir y pensar; sobre todo a nosotros los de esta bella y poco venturosa América intertropical.

De usted con grande estimación,

Enrique José Varona.

«Hacia tiempo que conocía sus escritos. En mis pláticas con Alfonso Reyes, un amigo incomparable, su nombre de usted aparecía con frecuencia. Admiraba en usted la seriedad, la nobleza de pensamiento, la inquietud renovadora y el arte fino, delicado, del escritor. Por eso aprecio íntimamente el recuerdo de sus libros». Etc.

«Mándeme, así, como amigo de largos años y se lo agradecerá su admirador devotísimo,

José M^a Chacón y Calvo.

«La crítica de Vincenzi está muy lejos de ser la empresa de un taxidermista: no disecciona: interpreta; y por tanto pone alas a la obra que juzga».

Francisco Soler.

Al notable filósofo y distinguido amigo el Prof. D. Moisés Vincenzi, cuyos hermosos trabajos acreditan junto con una bella claridad de pensamiento, la hondura del análisis y un acendrado amor a la verdad eterna. Su reciente opúsculo sobre «El arte moderno» me ha decretado momentos felices de verdadera embriaguez espiritual, en torno de los temas y las cosas excelsas.

Suyo devotamente,

Manuel Núñez Regueiro.

«Creo que su nuevo libro—«Principios de Crítica Filosófica»—, cuya lectura he terminado, le da a Ud. un puesto entre los mejores escritores de pensamiento en Hispanoamérica. Aunque su estilo es superior, hallo en Ud. más de un rasgo semejante a los de mi compatriota Carlos Vaz Ferreira, por quien siento verdadero aprecio de crítico» (1928).

Hugo David Barbagelata

«Me complazco en decirle desde esta orilla del mar en que paso mis vacaciones, que he celebrado una vez más, leyendo su «Arte Moderno», su extraordinario talento. ¿Cuándo le tendremos en la Argentina? Hace años se le esperó y no vino. ¿Vendrá?»

Lo admira con viva devoción»,

Arturo Capdevila.

«La teoría de Vincenzi sobre la «Segunda Dimensión», es original en sumo grado.

Vincenzi es uno de los espíritus más interesantes de la joven América» (1931).

José M^a de Acosta.

«A Moisés Vincenzi con sentimientos de grande y fundada admiración».

B. Sanin Cano.

Recibo su libro «Principios de Crítica Filosófica», cuya lectura me ha interesado vivamente.

El pensamiento latino ha sido enriquecido con una bella aportación de alta calidad científica, revestida además por un digno estilo literario.

Reciba por ello la felicitación de su compañera y amiga,

Concha Espina.

Al admirado Crítico y Filósofo Moisés Vincenzi, en cuya persona intelectual, tan interesante y vigorosa, confluyen las más genuinas tradiciones hispánicas del «armonismo integral»; y los métodos más sólidos y originales del pensamiento moderno.

Su lector y amigo constantísimo,

Ricardo León.

«Vincenzi parece un inspirado, a quien desde el éter le dictara sus más graves pensamientos un espíritu».

«Tiene el alma apostólica. Algo por el estilo de lo que muestra entre nosotros, con su sabiduría, con su arte, con su generosidad de espíritu, con su pública actividad, el Dr. López de Mesa».

L. E. Nieto Caballero.

«El ánimo inquieto y el entusiasmo comunicativo del joven sabio costarricense Vincenzi, entregado hoy a los apacibles ocios de la producción novelesca, nos llevó, como de la mano, al término de nuestras investigaciones social-literarias. El colega nos puso frente a frente, no del modernismo, término reservado por mí a la renovación de Darío y de sus compañeros, sino ante el llamado «vanguardismo», que tanto atrajo a los que hoy tienen ya más de treinta años y que contó entre sus filas oficiales meritorios cual el chileno Huidobro».

H. D. Barbagelata.

El gran filósofo de América, que de sus profundas meditaciones forjó la teoría de la «Segunda Dimensión», el claro talento de Moisés Vincenzi, ha hablado, con la inefable fruición de los que sienten la llama que inspira y crea, a los estudiantes universitarios de Costa Rica, acerca de Vasconcelos».

Alejandro Andrade Coello.

«Debo a este raro y brillante polígrafo un estudio sereno de sus obras. Treinta lleva publicadas y en todas resplandecen las ideas en formas transparentes y preciosas». «Filósofo revolucionario, y audaz, en las profundas exploraciones del espíritu: sabio de verdad, con sabiduría ecléctica y trascendental».

Froylán Turcios.

«Moisés Vincenzi, un filósofo que me sugestion».

Augusto Arias.

Husserl, el padre de la fenomenología alemana, comunica a Vincenzi, después de recibir «La Nueva Razón» que éste le enviara, «la alegría de haber encontrado un colega americano». Y le manifiesta que «una discípula suya, brasilera, se pondrá a traducir la obra».

«Who's who», el reciente diccionario dedicado a hombres célebres de América, incluye una biografía de Vincenzi.

El «índice de escritores americanos» publicado en México, también le da un sitio al autor.

El profesor alemán Meyer le otorga vivo interés a «El Caso-Nietzsche». Y lo manifiesta dedicándole un artículo en el mejor periódico de filosofía alemana, denominado «Kantstudien».

Marizancene traduce, al francés, «El Caso-Nietzsche».

Angel Dotor inscribe a Vincenzi entre los mejores Críticos de América.

Rufino Blanco-Fombona coloca a Vincenzi, en su libro «La Espada del Samuray», entre los intelectuales más altos del continente.

El escritor español Cansinos Assens, coloca a Vincenzi entre los primeros críticos de América.

«He recibido su «Mensaje», que me parece digno, como todo lo que usted escribe, de atenta lectura. Su espíritu se rebela; lo saca usted del surco; hay que oír con cuidado lo que dice».

Enrique José Varona.

«Lo que da usted, el pensamiento de usted, es una de las pocas cosas de que puede enorgullecerse en justicia nuestra América».

Rufino Blanco-Fombona.

«Confirmando mi telegrama en el cual le avisaba que la Academia Costarricense Correspondiente de la Española, en junta celebrada a las 3 p. m. del 14 de este mes—enero de 1938—, tuvo a bien designarlo para ocupar el puesto de Académico de Número, vacante por el sentido fallecimiento de nuestro compañero don Napoleón Quesada Salazar.

La iniciativa de su nombramiento le correspondió al señor ex-Presidente de la República don Julio Acosta García, pero su candidatura fué acogida por unanimidad de votos y no hubo sino palabras de elogio para sus excelentes títulos de escritor y profesor que desde hace tiempo le señalaban para ocupar uno de los sillones académicos. Etc.

De una carta dirigida por el Lic. don Alejandro Alvarado Quirós, Secretario de la Academia, a Vincenzi.

«Conozco gran parte de su maravillosa obra filosófica y literaria, como lo verá usted en «Espíritus nuevos», que está en preparación. Usted es uno de los cerebros más potentes de América y yo uno de sus admiradores más fervorosos».

Luis Andrés Zúñiga.

«Hermano: Profunda la impresión que me produjiste. Desde Barba-Jacob y Gabriela Mistral, ninguna igual. Si te quedas aquí mi vida cambia. En la física de las almas tu eres algo terrible y definitivamente complementario».

Rafael Arévalo Martínez.

«Eugenio Noel habla de usted con admiración y simpatía profundas».

Luis Eduardo Nieto Caballero.

«Ahora que está Vincenzi en Nicaragua, acabo de releer sus libros. Los libros de Vincenzi son verdaderos libros que se pueden volver a leer.

Moisés Vincenzi evoca no el «palabras, palabras, palabras», que decía Hamlet; sino a Hamlet mismo».

A. H. Pallais.

«Moisés Vincenzi es un filósofo que ya toda la América que piensa, conoce, respeta y admira».

Andrés Avelino.

«Tiene razón Vasconcelos en su prólogo, y creo, como él, que usted está sentando las bases de algo grande dentro de la ideología ibero-americana».

Manuel Ugarte.

«Pierre de Monval» es una obra de sutil y complejo humanismo».

Ricardo Rojas.

José Santos Chocano prologa los «Diálogos filosóficos» de Vincenzi.

Enrique José Varona hace una carta prólogo para los «Aticismos Tropicales» de Vincenzi.

Rufino Blanco-Fombona prologa «Caracteres Americanos» del autor.

José Vasconcelos abre la segunda edición de la «Segunda Dimensión» de Vincenzi, con un prólogo.

FIN